
SECCION DOCTRINAL.

IDEAS FUNDAMENTALES ACERCA DE DIOS Y EL MUNDO.

ARTÍCULO II.

Tal es la verdadera doctrina de la Divinidad: de lo contingente deducir la existencia de un sér necesario, único é infinito. Existiendo en Él todas las perfecciones, una ciencia y poder sin límites debían coronar su grandeza; mediante la primera conoció la posibilidad, las esencias y las mismas cosas; y con el segundo dió el sér real con el tiempo á lo que existiera intelectualmente desde la eternidad en Él mismo.

¡Cuántos errores se levantan orgullosos y pretenden arrebatar las perfecciones sumas existentes en la Divinidad! ¡Cuántos hombres hay que impiamente, como Proudhon, dicen *Dios es el mal*, y que están dispuestos á negarle, siempre que son víctimas de una desgracia ó injusticia, y á bendecirle si la fortuna les favorece! No puede darse la existencia de un ateo convencido. Dios es una necesidad de la razon que busca las primeras causas; Dios es el autor del mundo y el principio de la ciencia (1).

El ateísmo no solamente niega la existencia de la divinidad, sino tambien la necesidad de que exista. Es un error que se presenta bajo muchos aspectos. Es árbol de muchas ramas, cuyo tronco es bañado por un encenagado torrente, y cuyas olas arrastrán las pestilentes aguas que pueden manar en los campos de la falsa ciencia.

(1) Tiberghien.

Para quienes el motivo de hacer frente á la divinidad, á fin de lanzarla del mundo, no es otro que la existencia del *Mal*, debe presentarse el Mal como relativo y absoluto. Si es relativo, siendo para unos, no es mal para otros; lo cual nos hará ver que entónces tiene su origen en nosotros mismos, cuando damos á las cosas fines impropios de su naturaleza. Considerándole como absoluto, tenemos que un sér malo é infinito es una quimera.

El mal envuelve en sí una idea negativa; hermanar la infinidad con el mal es dar existencia á un infinito sin realidad alguna. Es afirmar la negacion.

Por lo demás, aún cuando en un hombre la maldad haya llegado á su colmo, no podrá decir, no hay Dios, sin que al mismo tiempo trabaje intensamente para apagar la voz del corazon y de la conciencia que le dicen lo contrario.

Pero cuando el error se viste galanamente, y con el intento de hacer próselitos adórnase con flores, segun se hace con los vasos en que se propina á los infantes las medicinas, para que con su engaño beban la salud, entónces hay que ir con el pié más asentado, no por la dificultad de tropezar con la maldad, sino por no dejarnos adormir por el bellissimo encanto de las sirenas que le acompañan.

Hago mencion de los materialistas y de las concepciones del panteísmo. Son dos columnas sobre las cuales preténdese elevar una nueva ciencia. Echando á Dios á un lado los primeros y ofreciéndonos los segundos una divinidad monstruosa, en realidad se le encuentra eliminado por unos y por otros; y estando en la actualidad tan en boga doctrinas tan absurdas y perniciosas, no hay por qué extrañarnos que aparezcan conflictos entre la religion católica y la ciencia: lo que admiro es que no se encuentren tambien entre toda religion y la ciencia, ya que la divinidad no es más que un fantasma. Bien hace en confesarlo Littré en el segundo prefacio á la cuarta edicion del *Cours de philosophie positive par Auguste Comte*, diciendo: *No es el oficio de las religiones favorecer las ciencias; esto es hasta tal punto verdadero, que cuando las ciencias se emancipan, se las reprime y suprime, si se puede.*

Empezando el materialismo por afirmar que no hay fuerza

sin materia, ni materia sin fuerza; sin dignarse definir lo que entienda por materia, niega despues ser el mundo un efecto, respecto de su sér y órden de la divinidad. Los átomos primitivos, ó su primera materia, han existido desde la eternidad. Innata en ellos cierta fuerza causadora de atracciones y repulsiones, fuéronse uniendo y separando; y en movimiento continuo y sin un fin determinado, pues su impulso es ciego, en constante torbellino, han dado nacimiento, primero á los mundos, y despues á cada uno de los seres inorgánicos y orgánicos materiales y espirituales. Formáronse los cristales y luégo las rocas y los terrenos; y por un salto inexplicable las plantas; por otro más dificultoso los animales, y por un misterio de la ciencia moderna el hombre. Se llama materialismo, mecanismo, sistema de la evolucion ó de las trasformaciones. ¡Cuánto traje para solo un error!

¿No es el mundo un efecto de la Divinidad en cuanto al sér? La existencia de los átomos, ¿de quién tuvo principio? ¿O acaso es necesaria? ¿Cómo es posible que existan por sí mismos y de un modo necesario unos seres capaces de incalculables mudanzas, y una de cuyas propiedades esenciales para cada una es la imposibilidad absoluta de traspasar el suelo de los límites? ¿Son por ventura otra cosa que la materia primitiva? ¿Y la materia primitiva es creada ó increada? No há mucho se ha probado su creacion; ¿dónde está, pues, la aparicion brusca en semejante modo de obrar? ¿Nos parece así á nosotros? ¡Cuántas veces, por fiarnos de nuestras apariencias, hemos tropezado con lo falso! Más aún. Siempre que en los fenómenos del mundo nos encontramos con saltos bruscos, la evolucion es impotente para explicarnos trasformaciones tan violentas, y tenemos necesidad de ochar mano de la accion creatriz. Pero sea lo que quiera, ante una aparicion brusca y un absurdo, admito la primera y abandono el absurdo. Tampoco es más filosófica la teoría de la evolucion. ¡Buena filosofía debe ser cuando tiene absurdos por cimientos! (1)

DE DRAPER. *Conflicto*, cap. viii, pág. 200; y cap. ix, pág. 256. Traducción de Ar-

(1) Draper. *Conflicto*, cap. viii, pág. 200; y cap. ix, pág. 256. Traducción de Ar-

Cuando vemos una máquina cualquiera, ó un aparato científico, no podemos ménos de admirar el ingenio del autor; quien, distribuyendo partes aisladas entre sí y colocándolas en los sitios donde segun su idea deben existir, producen los fenómenos sorprendentes que diariamente nos cautivan. Y así debe ser en verdad. Tales adelantos demuestran la capacidad de sus autores. ¡Cuánta mayor inteligencia no arguye el magnífico, grandioso y sublime orden de la naturaleza! ¿O quizá alguno quiere insensatamente colocarlo en el terreno de la duda? Nadie. Al ménos todos conceden que existen ciertas leyes, por cuya virtud se verifican constantemente los fenómenos. Donde hay leyes, hay orden. Negarle es pues la ignorancia más crasa que conocer se puede, ó la maldad más refinada que cabe en mortales pechos. O se da efecto sin causa, ó de lo contrario atribuir á la casualidad obra tan portentosa, es lo mismo que negar al hombre su propia naturaleza. Quien hizo el mundo estableció en él ese orden tan sorprendente que nos cautiva, conforme á la idea divina anterior á la accion creadora. Si la materia supone un creador, su armonía admirable naturalmente nos conduce á admirar la incomprendible inteligencia por la cual tantos mundos son gobernados. Adviértase en este lugar lo que dice J. J. D'Omalius D'Halloy en el *Bulletin de l'Académie des Sciences de Bruxelles sur le transformisme*, lo cual, á más de probar lo que ahora pretendemos, corrobora nuestro aserto sobre la creacion de la materia. Tales son sus palabras:

Es digno de notarse igualmente, que las hipótesis sobre la evolución espontánea de la materia, no dan ninguna luz acerca del origen de las cosas; porque aunque fuera posible que la MATERIA SE ORGANIZARA ESPONTÁNEAMENTE, todavía se podría preguntar CUÁL ES EL ORIGEN DE LA MATERIA. Así el mundo inorgánico presenta, lo mismo que el mundo orgánico, UN ORDEN ADMIRABLE que no puede proceder de la casualidad, sino que debe resultar de la voluntad de un SER TODO-PODEROSO.

Al verse el materialismo atacado en su fundamento, y no pudiendo ménos de formar coro con los partidarios del fatalismo y de la casualidad, ha pensado reconcentrar sus fuerzas y

pretender explicar por medio de la teoría moderna de la evolución los efectos creados.

En primer lugar, dicha teoría no puede aplicarse á los primeros orígenes del mundo. ¿Qué significa la palabra evolución? ¿No supone materia ya existente? Y sino ¿qué es lo que se desenvuelve? ¿Dónde y sobre qué opera? ¿Cómo existe? ¿Tiene existencia por sí misma? Preguntas son estas cuya solución es muy difícil, por no decir imposible encontrarla. Pero supongamos existentes los primeros elementos. Con los principios activos encerrados en ellos constantemente se atraen y repelen, y por una continua sucesion de evoluciones nos ofrecen los cristales, las rocas, los terrenos, las plantas, los irracionales y el hombre. Debo advertir ante todo que no tengo inconveniente alguno en admitir una sucesion no interrumpida en el origen de ciertos seres; por ejemplo, la concurrencia de los cuerpos simples para la formacion de la costra sólida del globo, segun admirablemente la expone *de la Beche*; pero jamás prescindiendo de Dios, causa productora, conservatriz, concurrente y providencial. Aún digo más; creo debe explicarse, y de hecho explicamos así la formacion del mundo, como luégo veremos. Pero además de prescindirse por los materialistas de la primera causa, de su fuerza conservadora, providencia y concurso; que saltemos nosotros sin más ni más de lo inorgánico á lo vegetal y de lo vegetal al reino animal, es dar un salto inexplicable, ya que tanto repiten el principio *Matura non facit saltum*. Ciertamente; la vida de las plantas y de los animales es un misterio y no debemos tener reparo en confesarlo, no teniendo inconveniente en ello inteligencias de primer órden. Peor es disimularlo. En estos casos es mejor la franqueza, presentando las cosas tales como son, lo claro como claro, y lo misterioso como misterioso, y no procurar que lo incomprendible se admita cual si fuera una cosa plenamente conocida en su esencia, á pesar de que no por eso lleguemos á creer que no podemos abrazar sus verdades como ciertas, aunque no evidentes para nosotros.

¿Y es posible además, que de un impulso y movimiento ciego lleguen á presentarse seres de naturaleza tan brillante y órden tan precioso, complicado, y constante? ¿Ha de tener el

efecto; lo que nunca la causa pudo concederle por no tenerlo ella?

Luego por la evolucion no tuvo principio el mundo, ni por sola ella se han verificado las sucesivas trasformaciones, independientemente de la accion divina.

Si, pues, las fuerzas por virtud propia no pueden constituir ni una molécula, ni un cristal; mucho ménos conseguirán dar origen al reino vegetal. ¿Qué hay en las plantas además de las sustancias que las componen? *Después, Gerard, Reveil y Herine* en la introduccion de su Reino vegetal nos lo declaran, los cuales niegan que las fuerzas físicas y químicas por sí solas sean capaces de crear la más insignificante molécula vegetal con la disposicion necesaria para recibir la vida. No hay solamente en ella union y composicion de elementos, sino tambien una aptitud, necesaria para los principios vitales. Si por no alcanzar tanto nuestro conocimiento pudiéramos negarlo, debíamos empezar por negar nuestra vida. *Las plantas siempre serán para nosotros seres misteriosos, cuyo género de vida latente y oculto admira y sorprende extraordinariamente el ánimo del observador* (1). Y si atendemos á la Memoria de Dupont de Nemours sobre la vida de las plantas, dadas por supuesto todas sus aserciones, difícilmente se salvan, siendo ellas unos seres tan ordenados y grandiosos. Las causas se hallarian increíblemente superadas por sus efectos, y la evolucion fuera dueña de un poder capaz de ser causa del infinito (2).

Para concluir, voy á decir que conforme á algunos botánicos *todo induce á creer que las especies vegetales actualmente existentes en la superficie del globo, ó por lo ménos la mayor parte, son muy antiguas y anteriores á muchos de los cambios que éste ha experimentado. Nada hay que sin dejar dudas pruebe la frecuente renovacion de formas, y al contrario, la estabilidad de las específicas está demostrada directamente desde tiempos históricos muy antiguos, supuesto que las espe-*

(1) Flammarion. *Contemplaciones científicas*.

(2) Idem, id., nota 1.^a

cies figuradas ó conservadas en los más antiguos monumentos de Egipto no difieren de las actuales, etc., etc. (1).

Y si tan agrio es el salto de lo inorgánico á lo vegetal, ¿qué defensa se ha de encontrar para el segundo salto mucho mayor hácia el reino animal? Si el carbono sólo fuera potente en las plantas para producir el organismo y la vida, un nuevo agente químico se debe buscar que nos explique los movimientos, las sensaciones é instintos, segun la doctrina que rebatimos. Y si no, lo mejor es identificarlos en el fondo, negar toda diferencia entre lo inorgánico y lo orgánico, dando así por terminado el problema, y llamar á los animales con Descartes máquinas. Este era el mejor remedio, á no tratarse filosóficamente las cuestiones; en lo cual no es bastante acumular negaciones sobre negaciones. *Amicus Plato, sed magis amica veritas.*

¿Cómo explican la sensación? No es bastante enumerar sus condiciones, ni ponernos delante su progreso. Lo primero no hace que opere; y lo segundo la presupone. Alguna cosa falta, y el requisito echado de ménos debe estar muy por encima de lo físico y químico. A ser suficiente esto sólo, desde la antigüedad hasta ahora alguna vez hubiese hecho brotar la vida. ¿En el trascurso de tanto tiempo no se habrán encontrado á veces en las condiciones necesarias y producido una célula, un vaso, una fibra, una hoja, una rama ó algun miembro animal?

¿El acumulamiento de sensaciones trasformadas da origen á la inteligencia? ¿Cómo se patentiza la trasformacion? ¿Es la sensación á manera de un gas muy extenso, que debilitándose poco á poco la fuerza de atraccion entre sus moléculas, se enrarece hasta el límite? Sea lo que sea. El gas, por más dilataciones que sufra, gas permanece, y la sensación empleando centenares de siglos en trasformarse y acumularse, terminará por ser únicamente trasformada y acumulada, pero nunca penetrará en el dominio de la inteligencia. Extraño fuera entón-ces ver cambiar los seres de la naturaleza á merced de las trasformaciones. ¿Y de este modo no se convertiria nuestra inteli-

(1) Colmeiro. *Curso de Botánica*, tit. II, cap. X. (Geografía botánica.)

gencia en otra superior, alcanzando por fin el identificarse con la divinidad? Consecuencia es esta un poco terrible; pero no hay remedio. Véase por esto la tendencia del Materialismo á sumergirse en el Panteísmo. Lo inorgánico se perfecciona y asciende á orgánico vegetal. Continúa su evolucion, y llega el tiempo de poseer movimientos propios, sensaciones é instintos. Adelanta en su marcha, acumula sensaciones sobre sensaciones; elaborándolas las trasforma, y surge la inteligencia. Puesto ya el sér en posesion de medios mejores, adornado con la libertad, irá la inteligencia perfeccionándose más y más, y debe llegar, aunque lentamente, por periodos sucesivos y ascendentes á convertirse en la inteligencia infinita, proclamándose ella misma el sér por excelencia. Y no es otra en parte la doctrina de Pitágoras, al establecer que el alma por medio de una larga contemplacion de sí misma, puede elevarse hasta la divinidad y llegar á ser Dios.

Por fin, no existiendo en sentir de Demócrito *más que el átomo y el vacío*, nada tiene de particular el aserto de Protágoras en su tratado sobre los dioses: *En cuanto á los dioses, no puedo decir si existen ó nó; muchas razones me lo impiden. Entre otras, la oscuridad de la cuestion y la brevedad de la vida humana.* Mucho mejor es decir con claridad; no hay Dios para nosotros.

Penetremos ahora por el vasto é intrincado laberinto del Panteísmo, y veráse salir triunfante la verdadera doctrina entre tantas y tan abstrusas teorías llenas todas de tinieblas.

Aquí le consideramos bajo dos aspectos diferentes. Primero segun su forma mitológica, y despues segun la científica; manifestando al mismo tiempo la entera conformidad de ambos: en uno y otro caso su fórmula es: CUANTO EXISTE ES DIOS, ΠΑΝ ΕΣΤΙ ΘΕΟΣ. Siempre constantes con nuestro plan, probaremos que además del Sér necesario, existen muchas sustancias limitadas, verdad con la cual se echa por tierra el edificio basado en la unidad de sustancia.

Ninguno hasta ahora ha presentado un sistema basado en lo contradictorio, á no ser el Panteísmo, el cual no puede ménos de abrazarse con ello al admitir la unidad de sustancia. Y á la verdad, unos piensan de un modo y otros diametralmente

lo opuesto. Unos viven en la opulencia y otros no poseen ni áun la insignificante moneda de un céntimo; unos aman, otros aborrecen, aquél llora y éste rie. Pero lo más trascendental es que entónces todas las acciones del mundo debian atribuirse á la única sustancia infinita, por lo que al mismo tiempo ella se amara y encarnizadamente se aborreciera. Ella sería el blanco de sus maldiciones; mancháranla cuantas acciones torpes se ejecutaran, y no podria ménos de aparecer un inmenso campo de batalla, donde las contradicciones pretenderian asentar sus reales. Ciertamente, los modos no pueden existir por sí mismos; necesitan donde adherirse; no pueden hallarse independientemente de la sustancia; y en la sustancia infinita se identifican con ella. ¡Qué torrentes de aguas tan cenagosas manan de sistema semejante! El llanto, desahogo de nuestro corazon, los consuelos de nuestros amigos, las paternales caricias, los ecos de las tempestades y borrascas, la armonía de las hojas y de las aves, no son sino efectos de una ilusion ó de un poder mágico (*maya*) por cuyo medio cautiva nuestros sentidos. ¡El universo es un juego inmenso que pasa en el espíritu supremo por razones incomprensibles! ¡La deidad panteística es causa eficiente y material; creador y creacion; *natura naturans et naturata*; todo emana de ella; todo es ella, todo vuelve á ella! Aquí tenemos el fundamento del Panteismo moderno ó científico. Radica en el sistema vedantino.

¡Todo emana de Dios! De él salen las criaturas cual las aguas de los manantiales, los vapores de la superficie de los mares, como los aromas de los pétalos de las flores! En la emanacion externa, el espíritu y la materia disfrutan de la existencia. Mas Dios es necesario é infinito; é infinito simplicísimo: luego en El no cabe division alguna. Por consiguiente, la emanacion externa como parte de la ciencia de la divinidad es un absurdo.

Tampoco puede comunicar toda su esencia. Cada sér emanado exteriormente fuera entónces el mismo Dios. Lo emanado á su vez produgera nuevas emanaciones, idénticas al sér de donde procedieran; teniendo que admitir una serie infinita de dioses iguales en un todo, á pesar de tener que poseer la divinidad como atributo esencial, la unidad. Además de pasar por

alto la confusion de lo mudable, limitado y contingente con lo inmutable, injusto y necesario.

Hasta aquí los seres en el Panteísmo háuse desprendido y hájado de la única sustancia, por emanaciones externas sucesivas.

Vista la suerte del Panteísmo mitológico, haremos tomar al científico el mismo rumbo. Aun cuando la doctrina en realidad sea la misma, sin embargo, reduciremos á dos puntos las evoluciones inmanentes.

En la emanacion real inmanente no existe más que una sustancia infinita, cuyos atributos esenciales son el pensamiento y la extension. Sus modificaciones espirituales constituyen los espíritus; las de su extension los objetos extensos. Tal es la doctrina de Espinosa. Flaquea por muchos puntos; pero cuando es necesario derribar, lo mejor es atacar el fundamento, el cual siendo destruido, arrastra cuanto sobre sí mantenga.

No há mucho se ha probado la falsedad que encierra la unidad de sustancia, apareciendo de nuevo al examinar su definicion tercera. Dice, pues, así: *Per substantiam intelligo id quod per se est et per se concipitur; hoc est, id cujus conceptus non indiget conceptu alterius rei à quo formari debeat.* Si el *per se* háse de entender bajo el punto de vista de no necesitar adherencia en sujeto alguno para existir, es buena, y por ello se diferencia la sustancia de los accidentes y modos; pero si incluye la idea de existir por virtud propia, haciendo su existencia necesaria, entónces la definicion no puede admitirse. Y tal es y no otra la idea de su autor, probada por sus mismas consecuencias. Lo mismo sucede con la segunda parte. Falsa la definicion, todo se aniquila. No es esto sólo; él mismo se contradice.

Negando la pluralidad de sustancias, las admite cuando define el Atributo. En la proposicion décima se encuentra: *Atributum per se concipi debet;* y más claro aún en las cartas segunda y sexta á Oldenburguen. *Notandum me per attributum intelligere omne id quod concipitur per se et in se, adeo ut ipius conceptus non involvat conceptum alterius rei.* Con poco discurrir se alcanza la identidad en las definiciones de la sustancia y de los atributos. ¿Podrá, pues, Espinosa, verse libre

de una contradicción tan marcada y patente? Dada la doctrina del artículo anterior, Dios no puede ser infinito y limitado, simple y compuesto, corpóreo é incorpóreo; y si Dios es el mundo, cuyos seres son simples modificaciones de la sustancia única divina, no le podremos arrancar notas tan contradictorias; mejor diremos, no habria Dios, y así el Panteísmo es un puro ateísmo disfrazado. ¿Qué consecuencias tan terribles brotan naturalmente de la emanación real inmanente!

Si dificultoso es para alcanzar la verdad cuanto queda dicho respecto del Panteísmo, no es ménos escabroso y opuesto lo que aún nos falta. La evolución inmanente ideal nos coloca en el número de los seres fantásticos. Somos meras apariencias; y á lo más una colección sucesiva de fenómenos causada por el desarrollo de la *Absoluta Identidad* con Schelling, ó de la *Idea pura* con Hegel.

La idea de Absoluta Identidad é indiferencia primitiva forma la naturaleza de Dios. De la absoluta indiferencia se constituye la inteligencia. De la naturaleza en Dios procede la Divinidad; por la cual Naturaleza, la inteligencia y Dios, ántes implícito; muéstrase explícito en el tiempo. Para llegar á semejante estado, una evolución ciega y fatal obliga á Dios á tomar tantas posiciones, de suerte que cuanto forma los tres reinos de la creación, no es otra cosa que varios y diferentes estados de Dios, á los cuales llega con su evolución necesaria. Este sistema es de Schelling. ¿Y quién me dice, aún en el supuesto de admitirlo, que por no poderse concebir ningun sér. sin la idea de lo absoluto, deba yo identificarle con el mismo absoluto? ¿Identificaré los números con la unidad por que en todos ellos se encuentra implícita? ¿Las evoluciones son necesarias? La libertad divina pulveriza pensamiento tan degradante. Las manifestaciones divinas presentadas en su evolución, ¿son los seres mundanos y se identifican con él? Volvemos, pues; á encontrar la destruccion de Dios, al imaginarle como un sujeto donde lo eterno y temporal, lo limitado é infinito, lo necesario y contingente pueda existir.

No le pareció á Hegel admitir ser la *Naturaleza* el fundamento de la existencia de Dios; siendo ella misma consustancial con el *Espíritu*, aún cuando en su manifestación y forma

externas se diferencie solamente de él. Abandonando la Naturaleza, buscó el espíritu en Dios, y rechazando su existencia *ab æterno* en su *absoluta Identidad*, le ofrece como la *Absoluta Idea* desarrollándose, y conforme á los grados de su evolucion resultan los diversos y sucesivos órdenes de las criaturas. Por lo cual, Hegel nos presenta un Dios *inferi*, *Gott ist in Werden*. En la evolucion hegeliana el desarrollo es fatal y necesario. Todo está contado, predicho y determinado. El Sr. Moreno Nieto brillantemente lo ha expuesto en su notable discurso pronunciado en el Ateneo, al abrir las cátedras del curso de 1876 á 1877. ¿Qué vemos en el curso de ese proceso, en el curso de esa fuerza absoluta, Dios, cuyo desarrollo es el mundo? Un elemento idéntico, flúido, soluble, que no tiene punto de apoyo, etcétera (1).

Lerminier hace constar que por el sistema de Hegel *l'esprit humaine est une perpetuelle et nécessaire révélation de Dieu, Dieu ne paraît sur cette terre que dans l'homme et que par l'homme, Dieu renouvelle sa face à des époques fatales*. El espíritu humano es una perpétua y necesaria revelacion de Dios. Dios no aparece en esta tierra sino en el hombre y por el hombre. Dios renueva su faz en épocas fatales. Pero quien pone en claro sus errores es Staudenmaier en su obra: *Darstellung und Kritik des Hegelscher Systems*.

De todos modos, siempre se ha encontrado al Panteísmo con una conclusion igual, bien en su apariencia mitológica, bien científica. Importa poco que Dios sea para los indios *Brahma*, para Plotino la *unidad absoluta*, el *único sér* para Jordano Bruno, para Espinosa *el Infinito*, la *Absoluta indiferencia* para Schelling y la *idea pura* en la concepcion de Hegel. Todo es un mismo color, atravesando diversos cristales.

Queda, pues, patente la falsedad de las emanaciones ya externas, ya immanentes, y de las últimas, tanto las reales como las ideales.

Sin embargo, un error que nada ménos consiste que en confundir á Dios con el mundo, y por ende en la negacion de la

(1) Moreno Nieto.

divinidad, no deja por eso de halágar á los entendimientos con el falso brillo de la unidad.

Nacida tal doctrina en la India con la filosofía bramínica, continuó con los partidarios de Zakiamuni y con los Mazdeístas. Después Anaximandro, discípulo de Tales, admitía solamente una sustancia primera, el Infinito, principio y fin de todo, en el seno del cual se operaban todos los cambios, sin él sufrir cambio alguno. La escuela Eléatica, cuyo jefe fué Xenófanes, anunciaba que cuanto existía era eterno, infinito y único: es decir, el mundo aquel que llamaban Dios. Posteriormente una rama de los gnósticos, los simoníacos en tiempos del cristianismo, tenían un Dios supremo á quien á las veces llamaban *Raíz* del universo y con más frecuencia el Fuego, al que atribuían efectos visibles é invisibles; los visibles las creaciones materiales y los invisibles las espirituales; cuyo modo de operar era siempre por vía de *desplegamiento, de emanación*.

Entre los secuaces de Cerinthio, gnósticos también, se encuentra la fuerza motriz ó forma plástica, capaz de arreglar la materia y constituir el mundo; solamente que los modernos partidarios de la evolución la fijan independiente de Dios, y para los cerinthianos era la última de las producciones del Sér Supremo. Todo lo cual puede verse en Teodoreto (Hist. lib. II, cap. III), en San Ireneo y San Epifanio. Posteriormente, Eriugena, aunque se acerca mucho al alma universal de los griegos, considera también el mundo como emanado *necesariamente* de Dios, siendo la vida particular de los individuos una parte de la existencia general. Para él toda la naturaleza visible ha de volver al cabo á la inteligencia. No discorda mucho Jordano Bruno de la doctrina anterior, pudiéndosele considerar como un escalon intermedio entre Averroes y Espinosa al asentar que *Dios es el todo en todo*.

Posteriormente Espinosa, confundiendo el infinito con el *Todo*, crea el Panteísmo moderno, procurando Fichte, Schelling y Hegel alucinar con lo grandioso de sus concepciones. Pero fuere lo que fuere, todos establecen la unidad de sustancia; todos confunden el mundo con Dios, y todos caen en el fondo de tinieblas tan densas é irremovibles, cuales son las del

Ateísmo: Cousin, Lamennais y otros muchos no se han librado de una mancha tan fea.

Y si no, véanse las palabras de algunos de ellos y se echará de ver si los podemos salvar.

¶ Dice Cousin: *El infinito es la causa absoluta que NECESARIAMENTE CREA Y NECESARIAMENTE SE DESARROLLA. No se concibe unidad sin multiplicidad. La unidad tomada aisladamente, no desarrollándose nunca en multiplicidad, en variedad, en pluridad, es para sí misma como si no fuese. Es preciso que la unidad y la variedad coexistan, porque de su existencia resulta la realidad, y la unidad admite la multiplicidad porque lo absoluto es causa* (1).

¶ Y en otro lugar: *El Dios de la conciencia no es un Dios abstracto, un rey solitario relegado por la creación al trono de una eternidad silenciosa y de una existencia absoluta, que se asemeja á la misma nada de la existencia. Es un Dios á la par real y verdadero, sustancia á la vez y causa, siempre sustancia y siempre causa, no siendo sustancia más que en cuanto es causa, y causa sólo en cuanto es sustancia, es decir, siendo una causa absoluta, una y muchas veces, eternidad y tiempo, espacio y número, esencia y vida, individualidad y totalidad, principio, fin y medio, desde el principio del ser hasta su último grado, infinito y finito todo á un tiempo; triple en fin, es decir, á la vez Dios, naturaleza y humanidad* (2).

¶ Oigamos ahora á Lamennais: *¡Oh Dios, sí, todo es vuestro; y si no es vuestro únicamente como efecto, es producto de vuestra obra todo poderosa, pero como UNA EMANACION DE VUESTRO SER, indivisible é inmutable: siempre uno, siempre infinito, lo que creáis lo sacáis de vos mismo. Ella no es vos. Ella está y estará siempre á una distancia infinita de vos; y sin embargo, su ser es algo de vuestro ser; su sustancia algo de vuestra sustancia!... Porque ¿de dónde sería ella y cómo sería, si no fuera de vos?* (Véase de Gerando, Maret y Bergier) (3).

(1) *Cours de 1822, leçon quatrième*, page 34.

(2) Preface des *Fragmens philosophiques*.

(3) *Esquisse d'une philosophie*, p. 1.^{er}, l. 2, chap. v.

Ahrens es más explícito al expresarse del siguiente modo: *Dios en cuanto espíritu es pensamiento, sentimiento y voluntad: en cuanto NATURALEZA es la luz, el calor, la atracción, etcétera, pero Dios es más aún: es la unidad y la identidad superiores á estas manifestaciones opuestas: es la unidad y la identidad del pensamiento y de la luz. Dios no ha existido sin el mundo. El mundo no ha sido creado en el tiempo, porque la esencia del mundo está contenida en la esencia de Dios (1).*

Testimonios son éstos con los cuales se prueba el calificativo que hemos dado á sus autores.

Todos ellos tambien parece que convienen en ensalzar á Espinosa, miéntras de los demás corifeos del Panteísmo, ó rebaten sus doctrinas ó sólo en partes las admiten.

Ahrens se expresa en los siguientes términos al tratar de Hegel y Espinosa:

Quand Hegel dit que la nature aboutit à l'esprit comme à sa conclusion, il ouvre un large champ à l'imagination, après l'avoir fermé à l'intelligence. De quelque manière qu'on veuille représenter cette idée, jamais si on n'adopte pas les hypothèses matérialistes, on ne fera concevoir comment la nature pourra se développer à devenir esprit.

Al decir Hegel que la naturaleza va á parar al espíritu como á su término, abre un ancho campo á la imaginacion; despues de cerrarlo á la inteligencia. De cualquier modo que intente representarse idea semejante, nunca, á no aceptar la hipótesis de los materialistas, puede darse á entender cómo la naturaleza se pueda desenvolver para convertirse en espíritu.

Y respecto de Espinosa lo que sigue: Los que hablan mal de él, *s'enfoncent dans une ignorance complète sur la nature de Dieu, et qui veulent ainsi attaquer de l'ignorance dans les choses divines le savoir de Spinoza.* «Los que hablan mal de Espinosa caen en una ignorancia completa, sobre la naturaleza de Dios, queriendo hacer ver de ese modo la ignorancia de Espinosa en las cosas divinas.» Lermínier encuentra en él *subli-*

(1) *Cours de philosophie*, vol. 2, pages 196 et 197.

mem divinitatis adoratorem, sublime adorador de la divinidad. Y para Schleiermacher es un *santo repudiado* (*sanctus repudiatus*).

El mismo Cousin hace tambien en pocas palabras un excelente panegirico: *Loin d'être un athée comme l'on en accuse, Spinoza a tellement le sentiment de Dieu qu'il en perd le sentiment de l'homme... Ce livre est au fond un hymne mystique, un élan, un soupir de l'âme vers celui qui seul peut dire légitimement: Je suis celui qui suis. L'auteur auquel ressemble le plus ce prétendu athée est l'auteur inconnu de l'Imitation de Jesucrist.* «Léjos de ser un ateo, segun se le acusa, tal es el sentimiento que tiene Espinosa de la divinidad, que pierde el sentimiento del hombre. Ese libro es en el fondo un himno místico, una elevacion, un suspiro del alma hácia aquel que sólo puede exclamar legitimamente: Yo soy el que soy. Á quien más se asemeja este pretendido ateo es al autor desconocido de la imitacion de Jesucristo.» Continuemos, y por lo que conviene á nuestro plan, examinaremos ahora la *Idea de Dios en las sociedades modernas*.

Para establecer nuestros raciocinios, no hay más remedio que tomar un punto de partida, áun cuando sea menester admitir como ciertas algunas verdades, cuyas pruebas han de darse en el progreso de nuestro trabajo.

Y todo sistema por necesidad ha de admitir algun fundamento como cierto, si no quiere verse encerrado en un círculo vicioso. ¿Cómo probaremos nuestra existencia, si para nada podemos prescindir de ella? ¿Y el principio de contradiccion? ¿Y la aptitud de nuestras facultades para alcanzar la verdad? Dichas verdades, no sólo no necesitan demostracion, sino que la rechazan por completo. Conste que las verdades primitivas no tienen demostracion, y su evidencia es bastante para ser admitidas. De otra manera la ciencia no existe. Dada una interrupcion tan breve de la materia principal, pregunto ahora, ¿cuál es el origen de la idea de Dios? ¿Responde á dicha idea un objeto, ó no pasa del campo de la idealidad, no siendo entónces Dios sino un sér ideal? Y si ese objeto existe realmente fuera de las concepciones humanas, ¿es un sér completamente perfecto en sí, ó es tanto más perfecto cuanto más claro es

nuestro conocimiento respecto de él, ó quizá se perfecciona con el trascurso de los tiempos? Lentamente y por sus pasos iremos dando razon de cada una de estas preguntas.

Todos los entendimientos humanos, por llenos de tinieblas que se encuentren, sin excepcion alguna, tienen formada una idea de la divinidad, ó de un sér superior á su naturaleza, á quien humildemente acuden en sus peligros y necesidades, ó elevan himnos de admiracion al considerarle dirigiendo los sorprendentes fenómenos de la naturaleza. Una voz general lo dice, y desde la más remota antigüedad no faltan monumentos, áun de las gentes más bárbaras, en confirmación de nuestro aserto: y por eso se trasluce que la primera idea trascendental, ha sido la idea de Dios.

Aparece el hombre. Tiende la vista y encuentra alrededor seres que, fijos en la tierra con sus raíces, elevan majestuosas sus ramas al firmamento. Sus piés caminan por alfombras de flores, y ve cruzar por entre los troncos y saltar por las ramas multitud de animales, los que vienen á contemplarle, cual rey de la creacion. Alza su vista, y alcanza el desprendimiento de esos torrentes de luz, en los cuales envuelta la vida se derrama incesantemente. Llega la noche, y su sorpresa se acrecienta con el incalculable número de estrellas. En medio de tanto orden, centro de infinitas maravillas, dotado de una facultad capaz de medir con un acto la inmensidad, despierta el estupor causado por tanto prodigio, y brota como instantánea chispa en él un pensamiento sublime. Tras los astros se encuentra la divinidad. Allí se esconde un sér portentoso y benéfico, quien con su generosidad le ha prestado la existencia y cuanto le adorna; y nace en él la apacible idea de un Dios de paz. ¿Qué? ¿Sucedióronse fenómenos horrorosos? ¿Encapotóse el cielo, y densas y cenicientas nubes, llevando en su seno la destruccion y el exterminio, se acercan lentamente? ¿Rápidos y silbantes rayos le sobrecogen? ¿Se estremece á los ecos de la tempestad? ¿Revientan las nubes y multitud de granizos destrozan en un instante el verdoso y sonante vestido de los árboles y las delicadas corolas de las flores? ¿Atronadores torrentes se forman, y arrastrando turbias aguas arrebatan cuanto dejara el furor de los huracanes? Teme entónces... cree que el autor del universo

se le acerca á castigarle. En semejante ocasion, Dios para él está airado; teme y procura á su manera aplacarle. Ignora las leyes naturales, causa de los fenómenos, aunque no únicas, y se imagina que Dios mismo viene en un carro de fuego ó en medio de los vendabales. Para él Dios está airado en verdad: mas no el temor hace brotar la idea de la divinidad. Un acto de abatimiento del espíritu no puede dar origen á la idea que eleva á la region del infinito. *Non primus in orbe fecit deos timor*. Tal idea es natural al hombre, como dice perfectamente San Dionisio, y un simple acto de su alma, de su conciencia, de su entendimiento le lleva racionalmente á la causa única y absoluta, Dios.

¿Cuánta variedad encontramos ahora respecto del verdadero sér personal en el cual se habian de vincular todas las perfecciones existentes y futuras, segun la multitud de teogonías existentes!

En el Egipto se desarrolla el politeísmo. Los scitas tienen por Dios superior á Papeos, y los babilonios dan la preferencia al armenio Bal. Estos pueblos se aferraron en sus creencias, y no quisieron admitir los raudales de luz emanados de la primera causa, para que fuera conocida segun puede la naturaleza humana. Mas la luz reinaba en la India, cuyos señores, los Arias, confesaban en Bramha un Dios increado, eterno y absoluto. Ellos despues, con su maestro Zakiamuni, en medio de sus discordias religiosas, verán en lontananza el misterio de los misterios, cuya manifestacion adecuada á las humanas inteligencias se reservaba á la ciencia del cristianismo. Hablo de la Trinidad. Sin embargo, á pesar de tanta abundancia de luz, sus concepciones se extraviaron, é indecisos tal vez penetraron por la region de las sombras y nos ofrecieron el Dios de las emanaciones. El pueblo judío era quien habia de construir con fundamentos indestructibles los comienzos de la religion verdadera, basada en la unidad de Dios, y cuyo término habia de ser la redencion del mundo por Jesucristo. Quanto más á martillo le labraban las muchas y tremendas calamidades, *Nada importa* era su respuesta: gemian en las orillas del Babilónico rio, pero con sus lágrimas formaban la argamasa para el trono del Sér Supremo, necesario, eterno, infinito, único é

inmenso, causa sola de lo creado y conservador del universo. Más tarde Jesucristo, enviado por el Padre al mundo, proclamaria la igualdad en Dios de todo el linaje humano, y rotos por Él los eslabones de las pesadas cadenas de la esclavitud, hizo caer el látigo de las manos del señor, y colocada la mujer bajo el mismo solio del hombre, formaron un comercio lleno de amor y dulzura, de donde mana el bálsamo que cicatriza las profundas heridas del corazón, mientras nuestra vida se arrastra por los eriales de la tierra.

A partir de este punto, la idea de la divinidad, ¿veráse sujeta á sufrir multitud de cambios, llegando á tal extremo que sea necesaria su renovacion?

No há mucho que en una Revista muy conocida háse publicado lo que á continuacion se encuentra: *La idea de Dios está destinada á cambiar y á renovarse, como cambia y se renueva todo el mundo. Su concepcion en un tiempo dado no debe impedir la concepcion de otro tiempo, ni pesar como inmutable sobre la conciencia humana. Lo mismo que la hemos visto cambiar en las sociedades antiguas y por las mismas razones, cambiará en lo sucesivo* (1).

En toda idea dos cosas se han de considerar indispensablemente. El objeto en ella representado, y lo más ó ménos perfecto de la representacion. Ahora bien; si el conocimiento del hombre por lo tocante á la divinidad, empezó por las criaturas, como así es en realidad; á medida que se desenvuelve, desarrolla y perfecciona más y más en conocerlas, mayores quilates se alcanzan del Sér Supremo; la idea de Dios será cada vez más perfecta; las distancias á la realidad se acortarán de día en día, y si posible fuera al hombre conocer adecuada y comprensivamente todas las criaturas, tendria el conocimiento de Dios de que su naturaleza es capaz. Variaria, pues, la idea, como de hecho sucede en su perfección representativa, pero nunca respecto del objeto representado. De esa manera cambiaríamos el universo. Los que admiten la revelacion, conocen la verda-

deza, y no se contentan con señalar en el orden del universo, sino que se esfuerzan por descubrir en él la voluntad de Dios.

(1). *Revista Contemporánea*, núm. 33. «La idea de Dios en las Sociedades modernas», por José Heredia.

dera idea de Dios más perfectamente por medio de las verdades reveladas; y el extender su fuerza cognoscitiva por los seres naturales, es para ellos cada día un nuevo escalon respecto de la conformidad existente entre lo que predicán los seres finitos y lo que la revelacion predice. El hombre por sí solo no es bastante para conocer todas las verdades del órden natural, á darse lo cual estaríamos en pleno dominio de ellas, y siendo la divinidad de un órden superior, más difícil ha de ser aún al hombre penetrar sus intimidades.

Naturalmente conocémosla como causa primera, y despues rigorosamente se van deduciendo sus atributos y acciones, segun se ha hecho en el artículo anterior.

¿La idea de Dios está destinada á cambiar y renovarse como cambia y se renueva todo el mundo? Nunca en cuanto á su objeto; pero no hay dificultad alguna respecto de la perfeccion de la idea, y esto naturalmente, ya que la revelacion nos ha enseñado lo que nosotros no podíamos alcanzar. Por lo demás, el cambio y renovacion del mundo en sus seres es contínuo; los astros nunca están en un mismo punto; las aguas se evaporan, se condensan y caen de nuevo sobre la superficie de la tierra, bajo la forma de lluvia, granizo, nieve, rocío, etc. Las plantas se apoderan de las sustancias minerales, descomponiéndolas en su misterioso laboratorio en cuerpos simples, que salen á la atmósfera, ya para constituir nuevos seres minerales, ya para servir á la respiracion de los animales, los que destruyen el reino vegetal, bien para sus alimentos ó para construir sus viviendas. Mas á pesar del extensísimo campo de operaciones, se repiten incesantemente los mismos fenómenos. Conforme á lo cual la idea de Dios volviera siempre á ser la misma, y de donde se toma motivo para hacerla progresiva, resulta que aparece estacionaria.

Su concepcion en un tiempo dado no debe impedir la concepcion de otro tiempo. ¿Y si en el primero éramos poseedores de la verdad, debemos abandonarla por seguir solamente la marcha de los siglos? ¿Prescindiríamos por completo de la divinidad, por acomodarla á nuestros caprichos intelectuales y pareceres más ó ménos probables? El Sér eterno é infinito, inmenso é inmutable, no pesa sobre la conciencia humana, cuando deja

á su compañera, la voluntad, libre en su carrera, rompiendo las trabas que un impío fatalismo quiere imponerle.

¿Cambiará en las modernas sociedades y por las mismas razones que cambió en las antiguas? ¿No ha cambiado en las antiguas por ser errónea, á no ser la del pueblo judío? ; Entonces la doctrina moderna es tambien errónea! Y á la verdad, siempre, donde quiera que el error se encuentre, no puede ménos de darse la célebre expresion de Bossuet: *Tu varias, y donde hay variaciones no hay verdad*. En los pueblos, ciudades y reinos, abrasados por la impura planta del error, siempre la idea de Dios andaré oscilando; y con las actuales lucubraciones filosóficas no puede ménos de hallarse arrebatada por el vertiginoso torbellino del Panteismo, puesto en giro por el huracanado soplo de la fatalidad.

Pueblos han existido que han vislumbrado la verdadera idea del *Ego sum qui sum*; pero sólo el judío la ha conservado limpia de toda mancha en medio de sus contratiempos y penalidades; quien lo mismo le adoraba bajo la soberbia construcción de su templo, como al pié de los muros de Babilonia y en la degradante servidumbre de los Faraones. Jesús posteriormente coronó obra tan preciosa, é intacta y pura ha de triunfar de cuantos ataques tienden á su destrucción. Puede una perla, al parecer puesta en olvido por su dueño, ser envuelta con filamentos de arañas. Ella conservará su brillo y valor, privándose únicamente de él quien rehuse limpiarla. Los errores, más débiles aún que las construcciones de los arácnidos, podrán velar la gran verdad de las verdades; pero en nada podrán aminorar su valor y su excelencia.

Y aún cuando el Sr. Heredia y García no quiera destruir ni edificar, sin embargo, procura llevar su partecita de arena á fin de levantar la torre de la confusion moderna, de construcción más difícil que la de los campos de Babel. Sí, el mismo dice: *El movimiento intelectual moderno nos ha llevado lejos, muy lejos de todo nuestro pasado. Las ideas y las teorías que por él se propagan y se extienden, abren á nuestro entendimiento horizontes desconocidos, y nueva noción de la vida y de la causa primera penetra en nuestro espíritu á favor de las nuevas doctrinas.*

Y cuál sea la noción nueva de la vida y de la causa primera, puede echarse de ver por lo que añade: *La idea de un Dios creador es reemplazada por la idea de una FUERZA ÚNICA QUE RIGE EL UNIVERSO: la vida no es más que LA MANIFESTACION DE ESTA FUERZA COMBINÁNDOSE Y TRASFORMÁNDOSE EN EL INMENSO CAMPO DE LA NATURALEZA. Todos los fenómenos que observamos no son más que movimientos de esta fuerza variados y combinados hasta el infinito; LA VIDA INDIVIDUAL UN INSTANTE DE ESTA COMBINACION DE MOVIMIENTOS. En ella entramos en cumplimiento de la ley general, y por la misma ley saldremos de ella mañana. El mundo no es ya para el hombre el paso más ó ménos penoso para el destino especial de cada uno segun sus méritos, ó la bondad y justicia divina; no es tampoco la idea sublime de un pensamiento creador que ha dado á cada sér su organizacion y su fin determinado, y á cada cosa su lugar y su tiempo. Esos son sueños de una filosofía que pasó: en lugar del pensamiento creador y gobernador del mundo, la filosofía moderna pone la necesidad fatal de una ley. ¿Qué extraño, pues, que diga más abajo que el mundo sabe ya su destino, el cual es progresar y marchar siempre adelante, y que no hay verdad ni secreto que no le hayan sido revelados por esa razon individual, tan poderosa en una conciencia libre? Francamente; ¡cuántos vivimos en este siglo, á quienes la razon individual aún no nos ha revelado infinidad de verdades y secretos todavía existentes! La verdad es que doctrina tan impía me dice las siguientes consecuencias. No hay Dios, si Dios es la fuerza universal. No hay alma, siendo la vida individual un instante de la combinacion de los movimientos de dicha fuerza. No hay libertad, donde reina el fatalismo: las leyes morales no existen: la religion es un fantasma y los códigos penales una afrenta del universo mundo, pues intentan con sus leyes detener la marcha fatal y necesaria de las evoluciones del gran Todo, único señor para las inteligencias panteísticas.*

Me encuentro con ménos fuerzas que el Sr. Heredia para edificar; pero á pesar de eso, en el artículo anterior, de la noción de primera causa creo haber desenvuelto la noción del verdadero Dios, sus atributos y sus acciones.

BERNARDINO MARTÍN.

SECCION HISTÓRICA.

BILBAO.

Sinópsis histórica de esta noble, invicta y benemérita villa desde su fundacion hasta el año 1878.

I.

PREÁMBULO.

La villa de Bilbao no tiene historia escrita, á pesar de sus gloriosos precedentes y su importancia mercantil, naval y política. Un *maremagnum* de noticias, curiosas unas y algunas inexactas, en la eruditísima obra del Padre Gabriel de Henao titulada *Averiguaciones de las antigüedades de Cantabria*; un artículo incompleto y escrito no con muy buena fe en el *Diccionario geográfico-histórico* de la Real Academia de la Historia, redactado y publicado para ingerir en él unos cuantos discursos hostiles á las Provincias Vascongadas y Navarra; otro poco más apreciable en el *Diccionario* de Madoz; uno muy bien escrito y muy copioso de noticias, debido á la pluma de D. Francisco de Ormaeche hácia 1842, é inserto en el *Viaje pintoresco por las Provincias Vascongadas*, que desgraciadamente quedó sin terminar; un capítulo poco notable de la *Historia general de Vizcaya*, por D. Juan Ramon de Iturriza aún inédita; y por último, el capítulo referente á Bilbao de la curiosa *Guía histórico-descriptiva del señorío de Vizcaya*, de D. Juan Ernesto Delmas, tal es lo más importante que se ha escrito de Bilbao. Mientras no aparece una historia formal y digna de la importancia de Bilbao, suplala hasta cierto punto esta Sinópsis, que es el resumen de mucho de lo que otros han escrito y de algo de lo que yo he averiguado á costa de mucha diligencia (1).

(1) Con posterioridad al tiempo en que se escribió este preámbulo, ha encargado el Ayuntamiento de Bilbao á su secretario el Sr. D. Camilo de Villabaso que escriba la historia de la villa.

II.

BILBAO ÁNTES DE LA CARTA DE POBLACION.

En la república de Begoña, una de las que componen el señorío de Vizcaya, había dos barriadas divididas por el río Nervion ó Ibaizábal, que llevaban el nombre de puerto de Bilbao. La de la margen izquierda, en terreno áspero, estrecho y costanero, constaba de pobres y pocas casas; y la de la margen derecha, situada en una llanura relativamente extensa, se componía de una iglesia consagrada al apóstol Santiago y filial de la de Santa María de Begoña, de una casa solariega muy ilustre, denominada Zubialdea, cuyo nombre expresaba su situacion junto al puente de piedra que ponía en comunicacion ambas barriadas, de algunos molinos y una ferretería y de algunas casillas de pescadores y venaqueros. El resto de la llanura estaba ocupado por huertas, arboleda, dos ó tres torres y un playazo ó arenal que invadian las mareas, pues éstas llegaban bastante más arriba del puerto. El puerto de Bilbao era realmente un puertecillo venaquero, ó destinado al embarque y desembarque de vena de hierro.

III.

EL NOMBRE DE BILBAO.

Se ha escrito mucho y casi todo muy absurdo acerca de la significacion del nombre de Bilbao. Este nombre es puramente euscárico ó vascongado, y como casi todos los geográficos pertenecientes á este idioma, expresa las condiciones materiales que más caracterizan á la localidad, pues significa «llanura extensa, redonda y baja donde hay dos poblaciones,» como compuesto de *bi*, dos, *ili*, *iri*, *uri*, poblacion agrupada, *ba*, sitio bajo, *ao* extension y redondez. El actual Bilbao se pronunciaba originariamente *Bi-ili-b-ao*, y luego, por una contraccion comunísima en el euscárico, se redujo al eufonismo que hoy tiene. En punto á etimologías del nombre de Bilbao, ninguna más absurda y ridícula que la de los que han dicho con toda formalidad que este nombre procede de *villa del vao*.

IV.

FLAVIOBRIGA NO CORRESPONDE Á BILBAO.

Ha sido muy general la opinion de que Bilbao corresponde á aquella ciudad romana llamada Flaviobriga que, segun Plinio, fundó Vespasiano en el antiguo *Amanum portus*, y esto mismo se dice en una inscripcion puesta hace pocos años en la capilla de la Piedad en la basilica de Santiago. El asiento de Flaviobriga no corresponde á Bilbao, ni á Abando, ni á Portugaleta, ni á Plencia, ni á Bermeo, entre cuyos puntos se habian dividido hasta aqui casi todas las opiniones: corresponde al valle de Sámano, inmediato á Castro-Urdiales, como el Menosca y el Vesperies de la nomenclatura de Plinio, que precedian al *Amanum portus* por la banda oriental, corresponden á Mundaca (antiguamente Munócoa) y al cabo Lucero. El autor de esta Sinopsis ha adquirido este convencimiento plenísimo acudiendo á fuente de noticias que habian desdefiado los que le han precedido en el estudio de esta cuestion. Esta fuente es el idioma euscáro á que pertenecen todos los nombres antiguos de la region cantábrica y muchos del resto de la península Ibérica.

V.

LA FUNDACION DE BILBAO.

Don Diego Lopez de Haro, V de su nombre, que habia tomado posesion del señorío de Vizcaya contra el derecho de doña Maria Diaz de Haro, su sobrina, alegando para ello razones no muy vallederas, fundó, con consentimiento de todos los vizcaínos, la villa de Bilbao, en virtud de carta de poblacion expedida en Valladolid á 15 de Junio, era de 1338 que corresponde al año 1300, en territorio de la república de Begoña, y su sobrina doña Maria, llamada con razon, la Buena, confirmó la fundacion diez años despues cuando entró en posesion del señorío, muerto D. Diego en el cerco de Algeciras en 1309. Los términos que en la carta se señalaron á la nueva villa son: la union del Cadagna y el Nervión en Zornoza, Percheta, el arroyo de Acedezaga, el Sel de Eguiluz, Pagazarri, Olaluceta, Bujana de arriba, el vado de Echébarri, la cordillera de Gangúren ó Archanda y la torre de Luchana en Deusto. El fundador concedia á la villa las

casas censuarias y derechos territoriales que dentro de estos términos poseía, y lo racional es creer que esto y no la jurisdicción absoluta quisiese dar á entender en el señalamiento de aquellos términos, porque el fundador no podía conceder otra cosa. Por ignorancia ó por malicia, se ha afirmado que el rey de Castilla D. Fernando IV confirmó las libertades que D. Diego dió á los pobladores de Bilbao. No hubo tal confirmación ni podía haberla siendo Vizcaya, como lo era, Estado completamente independiente. Lo que hicieron los reyes de Castilla fué conceder franquicias *en sus Estados* á los moradores de Bilbao á instancia de los señores de Vizcaya que tenían gran valimiento en la corte de Castilla. La fundación de Bilbao fué tan á placer de todos los vizcaínos, que Iñiguez de Ibarguén cita un acuerdo del Señorío, fechado en 1300, en Santa Eufemia de Bermeo, en que se ofrecía jornal de diez y seis maravedís diarios á los canteros y carpinteros que fuesen á trabajar en la nueva villa.

VI.

LINAJES QUE POBLARON EN BILBAO.

Muchas casas solariegas de las más ricas é importantes de Vizcaya contribuyeron al crecimiento de Bilbao, estableciéndose sus señores en la nueva villa para dedicarse al comercio y la industria que nunca fueron en Vizcaya rebajamiento de nobleza, como lo prueban las cartas de reyes que recibían los Ugartes, los Barroetas, los Salazares, los Billelas, los Muncharaz y otros caballeros en sus ferrierías y lonjas con las manos tiznadas de carbon y vena. Entre los linajes que vinieron á poblar en Bilbao, se contaron los de Lequizamon, Arbolancha, Zurbáran, Zongróniz, Nobia, Barrondo, Abendaño, y Arbieta. La industria naval fué la que inmediatamente empezó á florecer con más lozanía en la nueva villa.

VII.

BANDOS OÑECINO Y GAMBOINO.

Ya existían por aquellos tiempos en las Provincias Vascongadas los famosos y funestos bandos *oñecino y gamboino*, levantados como un siglo ántes en Guipúzcoa y Álava de las casas de Oñez y Gamboa, y no tardaron en perturbar la tranquilidad y el progreso de Bilbao, donde uno y otro tuvieron inmediatamente obstinados partidarios. Dentro de la misma villa dieron sangrientas batallas apénas

trascurrió medio siglo de la fundación, y no contribuyeron poco á crear y sostener otros que llamaremos subandos que se disputaban los oficios de concejo y traían con frecuencia inquieto al vecindario. Estas banderías que tanto abundaron en todas partes en la Edad-media, dejaron sangriento rastro en las Provincias Vascongadas, y muy particularmente en Bilbao.

VIII.

LA CASA DE ZUBIALDEA.

La única casa solariega de importancia que había en Bilbao al expedirse la carta de fundación, era la de Zubialdea que, como hemos dicho, estaba en la orilla derecha del río. Esta casa tenía por escudo de armas una torre y un puente, aludiendo á la misma casa y al puente inmediato. Después de fundada la villa los señores de esta casa adoptaron el apellido de Bilbao la Vieja, para dar á entender que procedían del Bilbao antiguo, del Bilbao infanzon y no del Bilbao primero señorial, y luego realengo, á que pertenecían otras casas modernas que pretendían rivalizar con la suya. No tanto por la suntuosidad del edificio, que era notable según hemos podido ver en nuestro tiempo, pues se demolió en 1865, como por ser aquella la única casa infanzona que había en Bilbao, posaban en ella los señores de Vizcaya siempre que á Bilbao venían, como veremos al dar noticia de los que han visitado nuestra villa.

IX.

ESCUDO DE ARMAS DE BILBAO.

Cuando la villa de Bilbao trató de adoptar escudo de armas, cuya costumbre se iba generalizando en el siglo XIV, tanto por los concejos como por los linajes, tomó las de la casa de Zubialdea, y les añadió un lobo como recuerdo de la casa de Haro que primitivamente usó uno solo. En un documento oficial y solemne de 1356 se dice «que en el sello del concejo de Bilbao había figura de puente, de un castillo y de un lobo.» Cuando á principios del siglo siguiente se levantó á la cabeza derecha del puente la iglesia de San Antonio Abad, se substituyó el castillo con una iglesia, por un sentimiento de piedad ó de realismo, y se añadió un lobo más. Para edificarse la iglesia se había demolido un castillo ó alcázar levantado en aquel

sitio hacía muchos años por el rey D. Alonso XI, y sin duda se creía que aquel castillo y no el de Zubialdea, que estaba más retirado del puente, era el que figuraba en el escudo de la villa. En casi todos los pueblos de Vizcaya donde la comunidad adoptó escudo de armas, se hizo lo que en Bilbao; es decir, adoptar las de la casa solar más antigua y calificada entre las de la república.

X.

EL REY DON ALONSO XI.

Hacia 1334 el rey de Castilla D. Alonso XI se había enemistado con el señor de Vizcaya D. Juan Nuñez de Lara, é invadió el Señorío titulándose su señor. Bilbao fué uno de los pueblos donde mejor acogida tuvo, y, fuese por agradecimiento ó por captarse mayor favor de los bilbainos, empezó á levantar un alcázar en el peñascal que dominaba la entrada derecha del puente, dando con esto á entender que en lo sucesivo Bilbao sería el pueblo donde con predilección morase; pero como la conquista de Vizcaya ofreciese más dificultades que había creído ó le habían hecho creer, segun lo probaba la resistencia que había encontrado en muchas fortalezas, tales como la de Gaztelugache, Unzueta, Ereño y Muncháraz, hizo la paz con el de Lara, y el alcázar de Bilbao quedó sin terminar.

XI.

PACTO CON DON TELLO.

En 1353 casó el infante D. Tello, hermano bastardo del rey de Castilla, D. Pedro I, con doña Juana de Lara, y en este concepto entró en posesion del Señorío, prévio juramento de guardar y hacer guardar sus fueros y libertades. Disgustados los vizcainos de lo mucho que comprometia á Vizcaya con sus enemistades personales con el rey de Castilla, despues de haber derrotado en Goderjuela y Ochandiano á las tropas reales, escribieron á D. Pedro en términos conciliatorios. En virtud de estas gestiones, se reunieron en Bilbao los apoderados de algunas villas y algunos particulares poderosos y respetables, y suscribieron con D. Tello y su mujer un convenio en el cual se estipulaba que si D. Tello desirviese al rey de Castilla, los vizcainos no le acogerian ni ayudarian en Vizcaya; que si le desirviese D. Tello y no doña Juana, ésta quedaria por señora, y

que si le desirviesen los dos, reconocerian por su señor al rey don Pedro siempre que éste les jurase y guardase los fueros.

XII.

ASESINATO DEL INFANTE DE ARAGON

Don Tello, á pesar del compromiso que habia contraido, volvió á enemistarse con D. Pedro y éste penetró en Vizcaya sin oposicion de los vizcainos que negaron la ayuda á su señor en virtud de lo pactado con él. Parece que el rey de Castilla habia prometido el Señorío al infante de Aragon D. Juan, casado con doña Isabel de Lara, hermana menor de doña Juana, en cambio de lo que le habia servido en Sevilla cuando mató á su hermano bastardo D. Fadrique y á otros caballeros. D. Pedro no pudo recabar de los vizcainos que diesen el Señorío á D. Juan porque querian que fuesen sus señores los reyes de Castilla. Así se lo envió á decir á D. Juan, y éste, sospechando falta de lealtad en D. Pedro, se encaminó á Bilbao con objeto de reconvenirle por haber faltado á su promesa. Hallándose hospedado el Rey en la torre de Zubialdea el 12 de Junio de 1359, le anunciaron la llegada del infante y el recibimiento que le hizo fué mandar á sus sicarios Juan Diente y Gonzalo Recio que le matasen en su presencia, como lo hicieron de dos golpes de maza. En seguida D. Pedro ordenó que arrojasen el cadáver á la plaza por una ventana, á la que se asomó diciendo á la muchedumbre allí reunida y horrorizada: «Vizcainos, catad ahí el que queria ser vuestro señor». Muerto D. Pedro en Montiel por su hermano D. Enrique, D. Tello recobró el señorío de Vizcaya, y para conservarle, ocultó la muerte de su mujer doña Juana, trayendo consigo y haciendo pasar por ésta una mujer que se parecia mucho á ella.

XIII.

ASESINATO DE DON JUAN DE ABENDAÑO.

Durante el señorío de D. Tello no fué la tragedia del infante de Aragon la única de que fué teatro Bilbao. D. Juan de Abendaño, uno de los caballeros más inquietos, gallardos y atrevidos de aquel tiempo, estaba locamente enamorado de doña Elvira, mujer de Pero Ruiz de Lezama, y tan hermosa, que Lope Garcia de Salazar lo encarece diciendo que «era mucho fermosa e lozana maravillosa».

mente sobre todas las de su tiempo en Vizcaya». Su marido la tenía encerrada constantemente en su torre de Lezama, guardada por vigilantes servidores, y no tenía corazón para pedir cuenta á Abendaño de la ofensa que le hacía galanteándola. Gustaba D. Tello de correr puercos monteses ó jabalíes; y hallándose hospedado en la torre de Zubialdea, hizo traer unos que tenía en Albia á un cercado que mandó hacer en la plaza al pié de su posada. Como don Tello se esforzase en vano en hacer saltar su cabalgadura sobre los puercos, D. Juan de Abendaño le dijo:—«Señor, dejadme cabalgar en ese caballo, que yo le haré saltar sobre los puercos». Accedió á la demanda D. Tello, y D. Juan hizo saltar gallardamente el caballo por donde D. Tello no había podido, y dijo, envanecido con su triunfo:—«Aunque ruin malandante, sirvo para señor de Vizcaya.» Estas palabras no despertaron enojo ni sospecha en D. Tello, que, terminada la fiesta, subió á comer acompañado de Pero Ruiz de Lezama; pero durante la comida éste le ponderó la burla y el desacato de D. Juan de Abendaño de tal modo, que encendiéndose en ira D. Tello, mandó llamar á D. Juan, y al llegar éste, le hizo matar por sus criados y arrojar su cadáver por la misma ventana por donde tres años despues mandó el rey D. Pedro arrojar el cadáver del infante de Aragon, quizá recordando la barbarie de D. Tello.

XIV.

EL ALCALDE VERDUGO.

En el último tercio del siglo xiv y principios del xv, abundaron en Bilbao las luchas de bandería, ya con motivo de las enconadas parcialidades de oñecinos y gamboinos, ya con el de las elecciones de oficios de concejo. Los principales linajes abanderados y rivales eran por un lado los de Leguizamon, Gonzalez de Butron, Ochoa de Salazar, Salazar de Salcedo y los Ozpines, y por el otro los de Zurbáran, Arbolancha, Barrondo, Anuncibay, Abendaño y Marroquin. Con objeto de que la villa tuviera alcalde imparcial y no perteneciente á alguno de estos bandos, envió el Rey con asentimiento de la villa un alcalde forastero, llamado Alfonso Fernandez de Leon, y como éste condenase á muerte á Sancho Lopez de Marquina y á Ochoa de Landábaru, la familia de Leguizamon secuestró ó escondió al verdugo para impedir ó dilatar la ejecución; pero irritado el alcalde, fué á la cárcel, sacó de ella á los sentenciados, y en la plaza les cortó la cabeza por su propia mano, por lo que la villa

acordó « pedir merced de hacer alcalde de propio hijo, no que fuese lobo disipador de sangre humana. »

XV.

BILBAO Y EL EPISCOPADO.

Algunos historiadores, dando crédito á los falsos cronicones, han dicho haber existido en Bilbao sede episcopal, y hasta se han añadido nombres de mártires y santos como pertenecientes á ella. Es todo pura fábula, como lo es la correspondencia de Flaviobriga, ni ninguna otra poblacion importante á Bilbao. El llamarse, particularmente en nuestro tiempo, Bilbao la Vieja á la barriada de la orilla izquierda del Ibaizabal, que antiguamente se designaba siempre con el nombre de Allende la puente, ha contribuido á que se generalice el error de que allí hubo en la antigüedad poblacion importante. El sentimiento religioso se mostró siempre muy puro y vivo en Bilbao desde la fundacion de la villa, pero exento de las exageraciones que le afearon en otros pueblos. Los anales de Bilbao, conformes en esto con los de las tres Provincias Vascongadas, no dan á conocer acto alguno de fanatismo que los deshonre; ántes bien presentan á este país luchando constantemente para impedir la invasion y conculcacion de sus libertades civiles por la curia eclesiástica, que no se avenia á experimentar aquí restricciones que no experimentaba en otras provincias. Prueba de ello son los muchos concordatos celebrados entre Vizcaya y la sede episcopal de Calahorra á que pertenecia desde la supresion de la de Armentia; concordatos que son vivo testimonio del amor de los prelados al Señorío y de lo digno que éste era de aquel amor.

XVI.

IGLESIAS PARROQUIALES DE BILBAO.

La carta-puebla de Bilbao consigna la existencia de la iglesia parroquial de Santiago como filial de la matriz de Santa María de Begoña. Aquella iglesia, que ya habia sido ampliada poco despues de fundada la villa, fué reedificada con mucha suntuosidad al comenzar el siglo xv, á consecuencia de haberla destruido en gran parte un incendio. Por aquel tiempo se estaba edificando otro templo dedicado á San Antonio Abad en el emplazamiento del Alcázar,

que al efecto se habia derruido en 1366, rebajando el peñascal calcáreo en que se alzaba. En la iglesia de San Antonio se celebró la primera misa en 5 de Agosto de 1433. La tercer parroquia de Bilbao, que es la de los Santos Juanes, estuvo primitivamente detrás de la de San Antonio y las Casas Consistoriales, y se trasladó á la iglesia fundada en 1604, á expensas de D. Domingo de Górgolas, con destino á la Compañía de Jesús. La cuarta dedicada á San Nicolás obispo, tuvo por origen una ermita de la misma advocacion erigida por el gremio de pescadores, la que se demolió en 1576, y se reedificó para parroquia, volviendo á demolerla y reedificarla en el siglo pasado, costando la fábrica ochenta mil ducados, y celebrándose la primera misa en 10 de Agosto de 1756. En esta iglesia son notabilísimas las esculturas de Mena que la embellecen. Por último, en la parte anexionada de la república de Abando (que se desmembró de la república de Begoña despues de fundada la villa), tiene Bilbao otra parroquia de la advocacion de San Vicente mártir. Esta parroquia se fundó á fines del siglo XII, y se reedificó á principios del XVI.

XVII.

LOS CONVENTOS DE MONJAS.

No deben omitirse en esta sinópsis histórica, alguna noticia de los conventos subsistentes ó derribados tanto en Bilbao como en aquella parte de las repúblicas de Begoña y Abando que se anexionó la villa aún no hace diez años. El de religiosas Agustinas de Nuestra Señora de la Esperanza le fundó en 1563 un beneficiado de Bilbao; el de religiosas de Santa Mónica, que se trasladó á Begoña á mediados de este siglo, fué primero beaterio, y arruinado en 1636, se le reedificó en 1640; el de Santa Clara, que tambien á mediados de este siglo se trasladó á Begoña, estaba en Albia, y era un beaterio que en 1610 se redujo á clausura; asimismo era beaterio el de religiosas de la Cruz, y en 1602 le dotó y le redujo á clausura el piadoso D. Domingo de Górgolas; el de la Merced era igualmente un beaterio con la advocacion de San José, y se formalizó su clausura en 1621; el de la Concepcion, que á mediados de este siglo se trasladó de donde ahora está la estacion del ferro-carril á la falda de la colina de Mirabilla, existia ya como beaterio en 1467, y se redujo á clausura en 1629; y por último, el de la Encarnacion, que fué dúplice de monjas y frailes dominicos, obtuvo en 1522 bula pontificia

para formalizar la clausura que deseaba desde que se erigió como beaterio seis años ántes.

XVIII.

LOS CONVENTOS DE FRAILES.

El convento imperial de religiosos franciscanos que estaba donde ahora el cuartel llamado de Bilbao, y ántes del príncipe Alfonso, le fundaron en una viña de su propiedad, en 1475, Juan de Arbolancha y Elvira Fernandez de Basabe. Este convento, cuya comunidad se componia de más de cien religiosos y ejercia gran influencia en el vecindario de Bilbao, tenia una magnífica iglesia que es gran lástima no se hubiese conservado para el servicio parroquial y para honra del arte. El de San Agustin, que tanto sonó en la defensa de Bilbao en 1836, se trasladó á orilla del Ibaizabal desde el pináculo de Bériz, junto al de Banderas. Por escritura otorgada en Ochaibay de Begofia ante el escribano Juan Martinez de Olabarría á 8 de Setiembre de 1515, Tristan de Seguizamon, preboste de Bilbao, vendió á fray Pedro de Bilbao, prior del convento de Bériz, su viña de la Cendeja que era de ochenta solares ó peonadas, á seis ducados y medio el solar, é inmediatamente se comenzó á labrar en aquel terreno el convento de San Agustin. Finalmente, el de frailes observantes de San Mamés, que estaba donde ahora la santa casa de Misericordia de Bilbao, se fundó en 1450 en una ermita de la advocacion de aquel Santo, donada al efecto en 1447 por Juan Sanchez de Basurto, y subsistió hasta la guerra civil que terminó en 1839.

XIX.

VENIDA DE DON ENRIQUE IV.

En 1457 estuvo en Bilbao el rey D. Enrique IV, hospedándose en la torre de Zubialdea como los señores y reyes que le habian precedido en su visita á la villa. El principal objeto de su venida fué el de jurar los fueros, como lo hizo el dia 16 de Marzo, so el árbol de Guernica. A pesar de la debilidad de su carácter, hacia grandes esfuerzos para poner término á los funestos bandos ofecino y gambino. En Vizcaya mandó demoler muchas torres de banderizos, como habia hecho en otras provincias; y en Bilbao mismo, casi á su presencia, se ejecutaron algunas sentencias de muerte por delitos

comunes, entre ellos el de moneda falsa, *empozando* á los delincuentes bajo el puente de la villa, donde ya repetidas veces habian tenido igual triste fin infelices ménos dignos de él. El empozamiento, que consistia en atar una gran piedra al cuello de la víctima y sumergir á ésta en el agua, sujeta de piés y manos, se usó mucho aquende el Ebro en las guerras de bandería, como de ello da testimonio el célebre, aunque inédito *Libro de las buenas andanzas é fortunas* de Lope García de Salazar, escrito en la torre de San Martín de Somorrostro en 1470, despues de haber pasado su autor casi toda su vida en aquellas guerras.

XX.

VENIDA DE LOS REYES CATÓLICOS.

Con motivo de haber quebrantado el juramento foral el rey don Enrique IV enajenando varios pueblos de Vizcaya, ésta le negó la obediencia en 1473, y á pesar de las protestas que D. Enrique hizo á los vizcainos de que invalidaría las enajenaciones y en lo sucesivo no los desaforaría, y de haber puesto por mediador cerca de ellos al rey de Francia, Vizcaya, despues de derrotar por dos veces á las tropas reales que invadieron el Señorío, ofreció éste á la princesa doña Isabel, su hermana y heredera, que le aceptó reconociendo con tal aceptacion el derecho que los vizcainos tenian á negar la obediencia al señor que habia quebrantado el pacto foral. Impaciente la reina Isabel por cumplir la promesa que habia hecho á Vizcaya de jurar sus fueros en los lugares de costumbre, vino en 1476 el rey D. Fernando, su egregio consorte, á prestar este juramento sin perjuicio de que la Reina hiciera lo mismo tan pronto como los negocios de Estado se lo permitieran, y se hospedó asimismo en la torre de Zubialdea, cuyo señor era á la sazón Martín Yañez de Bilbao la Vieja. En una fiesta de calle en que solian tomar parte las damas y caballeros más distinguidos, alternando con las gentes más humildes, se prendó D. Fernando de una doncella llamada doña Toda de Larrea, y de estos secretos amores tuvo una niña, que la tradicion histórica designa con el nombre de la *Excelenta*. Siete años despues, en 1483, volvió D. Fernando á Vizcaya en compañía de la reina doña Isabel, su magnánima esposa, que venia á su vez á jurar solemnemente los fueros así del Señorío en Larrabezúa, Güernica y Bermeo, como de las villas en los portales ó puertas de las mismas, hospedándose en Bilbao en la tantas veces citada torre de

Zubialdea. Por un imprudente alarde de vanidad mñjeril, doña Toda de Larrea cantó públicamente en las fiestas con que se obsequiaba á los reyes:

Por mi gran ventura,
háme un gran señor;
rey es de Castilla
y ésto de Aragon.

Este insensato cantar llegó á noticia de la Reina Católica, que con razon era celosa de su marido, y le sirvió de clave para averiguar lo que habia de cierto en los amores de que en él se alardeaba. Con la prudencia que era proverbial en ella, disimuló su dolor, y sin revelarle ni áun al Rey mismo, tornaron ambos á Castilla. Poco tiempo despues llegaron unos caballeros á la morada de doña Toda, que es tradicion la tenía en la calle llamada de Carnicería Vieja. Dijeron á la dama que venian á verla y regalarla por mandato del rey don Fernando, y se despidieron anunciándole nueva visita en que le entregarían los regalos. Aquella misma noche, cerca de la madrugada, llamaron en casa de doña Toda, diciendo que una orden inesperada les obligaba á volver á hora tan intempestiva, porque tenían que tornar á Castilla ántes que amaneciese. Apresuróse la dama á recibirlos, y los caballeros, apoderándose de ella y de la niña, las obligaron á guardar silencio; y colocándolas en cabalgaduras que al efecto tenían prevenidas en la calle, huyeron á Castilla con madre é hija, llevándolas á un convento de Madrigal. Ignórase lo que fué de la madre; pero en cuanto á la hija, afirman los historiadores que fué abadesa del monasterio en que se educó, y más tarde se trasladó á las Huelgas de Búrgos, encargada por el emperador Cárlos V de componer allí domésticas desavenencias. Añádese que tambien fué abadesa de las Huelgas, pero yo no he podido encontrar rastro de ella en el catálogo de las superiores de aquel insigne monasterio, de tan alta alcurnia, que el vulgo dice, para encarecerla, que si el Papa casase, casaria con la abadesa de las Huelgas.

XXI.

POBLACION DE BILBAO EN DIFERENTES ÉPOCAS.

El recinto murado de Bilbao hasta fines del siglo xvii casi estaba reducido á lo que se llama las Siete Calles. Este recinto tenía portales ó puertas estrechas y fuertes. El paseo del Arenal siempre fué muy ameno y sirvió para deleite del vecindario. En el siglo xvi

estaba poblado de nogales y castaños muy frondosos. La plaza Nueva, que hoy es de gran adorno y comodidad para Bilbao, se empezó á construir en 1830. Segun las laboriosas investigaciones de D. Francisco de Ormaeche, á principios del siglo xvi la villa tenía sobre nueve mil habitantes. En un alarde militar que en 1558 hicieron sus vecinos armados, eran éstos 870 por este órden: Cal-somera, 105; Artecalle (que tambien se llama Cal de francos) 57; Tendería, 111; Belaosticalle, 52; Carnicería Vieja, 103; Barren-calle, 57; Barrencallebarrena, 90; Allende el puente, 95; Ascao y San Nicolás, 167. De la curiosísima fogueracion nominal de todos los pueblos y vecinos del Señorío que de órden de éste se hizo en 1704, resulta que entónces tenía Bilbao 1419 vecinos ó fogueras (contando la de viudo ó viuda por una y no por media como se acostumbraba). Calculando cinco almas por foguera, resultan 7.095 almas. Desde 1704 á 1799 aparece un aumento de 134 fogueras ó sean 670 almas. En 1860 el censo dió aproximadamente 18.000 y en 1878 ha dado más de 34.000, contribuyendo á este gran aumento de poblacion la parte anexionada de las repúblicas de Begoña y Abando y el natural crecimiento de vecindario, tal hoy, que apénas hay en Bilbao ni en sus cercanías una habitacion vacante.

XXII.

PLEITOS DE BILBAO.

La villa de Bilbao sostuvo hasta bien entrado el siglo xvii grandes y ruidosos pleitos, así con el cuerpo universal del Señorío, como con las repúblicas vecinas, particularmente sobre términos jurisdiccio-nales, á que daba ocasion la carta-puebla que, como ya queda dicho, se los señalaba á Bilbao tales que su misma extension los hacía im-possibles, pues de tomarse al pié de la letra el texto de la carta, no tenían razon de existencia las repúblicas de Begoña, Abando y Deusto, encerradas en aquellos términos. Interpretar en este sentido la carta-puebla era absurdo, porque ni el poblador tenía derecho á dar más que lo que voluntariamente le permitian los vizcainos, ni éstos hubiesen consentido que quitase su autonomia á aquellas repúblicas, y mucho ménos á la de Begoña, que bastante liberal y generosa habia andado dando para la nueva puebla lo mejor de su territorio. Los tribunales, al negar constantemente la razon á Bilbao en estos litigios, debieron pensar que lo que D. Diego Lopez de Haro quiso decir al señalar términos tan extensos, era que daba á la nueva villa todo lo que á él le pertenecía dentro de aquel perímetro, y particu-

larmenté las casas censuarias ó labradoriegas, que eran aquéllas que se habian fundado en terreno del señor, con obligacion perpétua de dar á éste un censo ó enfiteusis.

XXIII.

INUNDACIONES É INCENDIOS.

Desde su fundacion affigieron á Bilbao las inundaciones, los incendios y aún las pestes, que tenian fácil acceso á la villa con motivo del mucho trato de ésta con extranjeros llegados por mar. Las inundaciones de 1381, 1402, 1450, 1513, 1553, 1571 y 1593, fueron terribles y causaron grandes daños en la villa. En los siglos posteriores tambien las hubo muy grandes, pero sus estragos fueron disminuyendo con los cortes y obras que se fueron haciendo en la ria para facilitar el curso de las aguas, y particularmente con la canal recta que se abrió en el campo de Valentin, llamado antiguamente las Ibarras de Begoña. Estas mejoras se han multiplicado y perfeccionado tanto en nuestro tiempo, que hoy ya apénas son terribles en Bilbao las inundaciones. Las muchas casas de madera que habia antiguamente en la villa, como en las demás poblaciones de Vizcaya, eran causa principal de frecuentes y horrorosos incendios. Los hubo en Bilbao devoradores hasta poco despues de mediar el siglo xvi, en que la piedra y el ladrillo fué substituyendo á la madera en la edificacion. Ocasion hubo en que el fuego consumió casi todos los edificios de la villa, ménos algunos que consistian en torres de mampostería ó piedra sillar. Algunas de estas torres subsisten aún y conservan las señales del fuego en que se vieron envueltas. En un incendio ocurrido á 9 de Setiembre de 1571 se quemó toda la villa de cercas adentro, excepto la nave central y la torre de Santiago, la torre de San Anton y las casas-torres de Leguizamon, Zubialdea ó Bilbao la Vieja, Arbieto, Arbolancha, Olloqui, Zurbáran y Nobia. Poco ántes de ocurrir este incendio pasó por Bilbao el insigne historiador Garibay para embarcarse en Portugalete con el manuscrito de su gran *Compendio historial de España*, que iba á imprimir en Amberes en la imprenta del famoso Plantino, que á la sazón imprimia la Biblia políglota bajo la direccion del sabio Arias Montano. Como en Amberes diesen noticia de aquella catástrofe al ilustre mondragonés, éste dijo: « Con tal que Bilbao haya conservado el rio, pronto renacerá de sus cenizas. » En efecto, pocos años despues la villa se habia ido repoblando de hermosos edificios de cantería y ladrillo, dejando de estar « en manos de

un loco,» como dijo D. Enrique de Tavira de Durango viendo que casi todos sus edificios eran de madera que el viento ayudado de una chispa de fuego podia destruir.

XXIV.

LOS PUENTES DE BILBAO.

Los puentes de Bilbao merecen capítulo especial en esta Sinopsis histórica de la villa. El que figuraba en el escudo de armas del linaje de Zubialdea y luego figuró y aún figura en el de la villa, existia ya cuando ésta se fundó. Muchas veces desde entónces, en parte ó en todo, fué arrastrado por la furiosa corriente, pero siempre se apresuró la villa á reponerle, siendo para ella monumento que le inspiraba veneracion y orgullo. Un poco más arriba de este histórico y antiguo puente acaba de construirse otro de dos arcos muy rebajados y ciertamente muy cómodo para el servicio público, y con tal motivo se ha acordado demoler el antiguo, porque Bilbao no se ve del todo exento de ese ódio irracional que se tiene hoy á todo lo pasado, como si todo lo presente fuera obra exclusiva de nuestro tiempo y nada debiera á nuestros predecesores. Sólo dos monumentos históricos habia en la villa, que eran la torre de Zubialdea y el puente de San Anton. La torre se demolió en 1865, á pesar de todas las protestas de los amantes de los recuerdos históricos, y al puente le cabrá pronto igual suerte, pese á quien pese, y proteste quien proteste, á pesar de ser la demolicion innecesaria y aún perjudicial á la comodidad pública. Consta el puente de San Anton de tres arcos solidísimos, el central de ciento diez piés de claro y cincuenta de altura, y mercede, como dice Ormaeche, ser examinado tanto por su robusta y osada construccion, como por su forma singular y por la idea que nos da de los progresos que habian hecho hácia el siglo XII ó XIII nuestros abuelos en esta clase de obras. El puente de San Anton ha sido durante siglos el único de Bilbao. Ya en 1509 obtuvieron los religiosos de San Francisco ejecutoria para levantar otro que pusiese á su convento en comunicacion más directa con la villa, pero trascurrieron más de dos siglos sin que el proyecto se realizara. En 1732 dieron principio al fin á la ejecucion, y la terminaron tres años despues; pero el puente, á pesar de haber costado 30.000 ducados, sólo duró dos años, y entónces comenzó una série de pleitos entre la villa, influida por el cabildo eclesiástico, y la comunidad de San Francisco. En 1790 ésta logró del Ayuntamiento autorizacion para hacer nuevo puente; se

hizo por una empresa particular, á la que se facultó para la exaccion de dos maravedís de pontazgo por persona, y habiéndole abierto al público el domingo de Ramos de 1793, pasaron por él aquel dia 8.884 personas. Era de madera y costó más de 32.000 duros. Su altura era tal que los buques de vela de tres palos pasaban por debajo de él. Los franceses le quemaron en 1813 irritados de que hubiese facilitado una sorpresa que experimentaron de las tropas españolas, y construyeron otro provisional con gabarras más abajo. Terminada la guerra, el Ayuntamiento, á pesar de la oposicion de los frailes, hizo otro de barcas en el mismo sitio, invirtiendo en él sobre 40.000 duros y abriéndose al público en 1.º de Enero de 1819. Siete años despues los apasionados á los frailes de San Francisco promovieron un motín y destruyeron burlescamente el puente. Poco tiempo despues, como el arquitecto D. Antonio de Goicoechea hubiese construido con feliz éxito sobre el Cadagua, en Burceña, el primero colgante que se conoció en España, la villa de Bilbao le encargó la construccion de otro del mismo sistema donde se alzó el primero, costeado por los frailes de San Francisco, y la obra quedó terminada del modo más satisfactorio en 1827. Este puente subsiste aún, si bien con modificaciones, hechas por el mismo arquitecto, entre ellas la sustitucion de las cadenas de que pendia por cables de alambre. Despues de la primera guerra civil carlista se construyó otro de hierro en el Arenal, sirviendo de arranque á la carretera de Balmaseda, y destruido en 1874 durante el sitio de Bilbao, se está reedificando de piedra y con coste de más de dos millones y medio de reales. Durante el mismo sitio destruyeron las bombas el tablero de otro colgante muy sólido y hermoso que la república de Abandó habia costeado hacia cinco años frente á la calle de Santa María, bajo la direccion de D. Sabino de Goicoechea, que habia hecho prodigios de habilidad y estudio en sus elegantes y sólidos machones. Tambien está dispuesto por el Ayuntamiento la demolicion de los restos de este puente. Por último, frente al convento de la Merced se ha hecho otro provisional de madera con pilas de mampostería, que probablemente desaparecerá cuando se abra al tránsito el que se construye en el Arenal.

XXV.

EL CONSULADO.

El consulado ó universidad y casa de contratacion de Bilbao, cuya jurisdiccion alcanzaba «desde Bayona á Bayona,» es decir, desde

Bayona de Francia á Bayona de Galicia, merecía una gran historia, y en esta Sinópsis sólo se le pueden consagrar algunos renglones. Sus ordenanzas eran un gran monumento de sabiduría mercantil y merecieron la gloria de que las hicieran propias muchas plazas de comercio de las más importantes de Europa y América. A aquel ilustre Cuerpo y tribunal se debió en grandísima parte la gran importancia y crédito que alcanzó el comercio de Bilbao desde el tiempo de los Reyes Católicos de que data la primera autorizacion del consulado, y él construyó los magníficos muelles de dos leguas que se extienden desde Bilbao al mar y el Gobierno central mira hoy con lamentable indiferencia.

XXVI.

ASONADAS POPULARES.

Cuatro son las *machinadas* ó tumultos populares más notables que conmemora la historia de Bibao. Ocurrió la primera en 1601 con motivo de haberse querido hacer extensiva á Vizcaya la contribucion llamada de Millones. Reconociendo el Gobierno supremo la sinrazon de este contrafuero, cuya resistencia felizmente no ocasionó efusion de sangre, dirigió á Vizcaya el rey Felipe III aquella famosa carta en que daba las más cumplidas satisfacciones á las quejas del Señorío que había tenido valor para exponerle que ántes consentiria ver yerma y abrasada la tierra y muertos mujeres é hijos que perder la honrada libertad que había heredado de sus antepasados. En 1632 quiso el Gobierno estancar la sal en Vizcaya y con tal motivo ocurrieron en Bilbao grandes disturbios cuyo resultado fué la reparacion del contrafuero y la imposicion de pena de muerte en 1634 á algunos de los que más se habian señalado en el tumulto, entre ellos un escribano llamado Martin Ochoa de Ajorabide. Este infeliz que debió su desgracia á la exaltacion de su vizcainismo, como tambien sus compañeros de infortunio, fueron agarrotados en la cárcel y decapitados en la plaza Vieja. La tercer *machinada* ocurrió en 1718 con motivo de haberse trasladado las aduanas á la costa y más aún con el de las violencias que los guardas reales ejercian con los naturales del país, pues hasta se permitian registrar corporalmente á las honestas aldeanas que venian al mercado de la villa. Las indignadas turbas campesinas, que creian deberse á determinadas personas de Bibao y de algunas otras villas el irritante contrafuero que coar-

taba su libertad, cometieron grandes atropellos, particularmente en Bilbao, sin que bastaran á contenerlas los esfuerzos de las comunidades religiosas, alguna de las cuales, como la de San Agustín, hasta apeló á presentarles el Santísimo Sacramento. En estos lamentables desórdenes murió el diputado general D. Enrique Manuel de Arana, caballero benemeritísimo, y á consecuencia de ellos sufrieron la pena de muerte en la plaza Vieja diez ó doce de los principales culpables. Las aduanas se retiraron poco despues á los puntos que habian ocupado en las fronteras del Señorío. Finalmente, el cuarto tumulto ocurrió en 1804, y se conoce con el nombre de la *Zamacolada*, por haber figurado mucho en las cuestiones en que tuvo origen un escribano y excelente patriota natural de Dima, llamado D. Bernardo Simon de Zamácola, que proyectó el establecimiento de un puerto libre con el título de la Paz, en la república de Abando, para librar á Vizcaya de la presion que ejercian el consulado y el municipio de Bilbao en el resto del Señorío. Felizmente, la Zamacolada no tuvo sangrientos resultados como las dos asonadas que la habian precedido.

XXVII.

LA CONCORDIA.

Casi desde que el infante D. Juan, siendo señor de Vizcaya por herencia y aceptacion de los vizcaínos, heredó el trono de Castilla en 1371, verificándose lo que impropriamente se ha llamado incorporacion del Señorío en aquella corona, empezaron los litigios sobre límites jurisdiccionales y otros asuntos entre el infanzonado y las villas. Estos litigios eran la mayor desdicha de Vizcaya, como se demuestra con decir que los procesos de uno de ellos llegaron á contar treinta mil fojas, porque arruinaban á las repúblicas y tenian constantemente enemistados á los naturales del país. Tuvo la suerte el Señorío de que fuese su corregidor un buen caballero y docto letrado llamado Francisco de Berástegui, que se propuso poner término definitivo á las cuestiones que arruinaban al infanzonado y las villas, y lo consiguió cooperando al establecimiento de una solemne concordia que se aprobó por Real cédula de 3 de Enero de 1632, con lo que quedaron transigidas las diferencias que por siglos enteros habian dividido al país, y habian divorciado muy particularmente á Bilbao del resto de Vizcaya.

XXVIII.

EL CORREGIDOR COLON DE LARRIÁTEGUI.

Entre los corregidores que ha tenido Vizcaya merece especial recuerdo el Sr. D. José Colon de Larriátegui, que lo fué de 1782 á 1786. En este caballero, que era hermano del duque de Veragua, parecia personificado el espíritu de progreso material que caracterizó al reinado de Carlos III. Solia decir festivamente que el peor de los alcaldes era el alcalde *No-me-atrevo*, y probó cuán sincera era en él esta opinion con la resolucion y el prudente atrevimiento con que impulsó grandísimas mejoras en la villa de Bilbao, tales como la conclusion del acueducto llamado de los Caños que desde el siglo XVII venia iniciado, y en Vizcaya tales como el camino de 17 leguas llamado la vereda de Orduña que se extiende desde Bilbao á Pancorbo, atravesando audazmente el Pirineo cantábrico y el Ebro.

XXIX.

LA BENEFICENCIA.

Dos establecimientos de Beneficencia son los principales que cuenta Bilbao, y con razon son para la villa objeto de orgullo: son la Santa Casa de Misericordia y el Hospital civil, que tanto por la magnificencia de los edificios que ocupan, como por el régimen interior, justifican el dicho de que en Bilbao las casas más ricas son las de los vecinos más pobres. La Casa de Misericordia se fundó pobremente á mediados del siglo pasado, sirviendo de base para ello lo poco que produjesen los solares de la villa en que se levantó poco despues la magnífica manzana de casas de la Estufa, en el Arenal, y el hospital se construyó de 1818 á 1831, costando más de cien mil duros que sufragó la inagotable caridad del vecindario. La Casa de Misericordia se instaló apénas hace un decenio en un soberbio edificio levantado por el Señorío en el solar del convento de San Mamés, y cedido á la villa con la condicion de dar acogida en él á cierto número de indigentes del resto de Vizcaya.

XXX.

EL INSTITUTO VIZCAINO.

El Instituto vizcaino de segunda enseñanza es, como institucion y como edificio, uno de los establecimientos que más honran á Bilbao;

ó más bien, á Vizcaya. Su progenitor, digámoslo así, fué el Colegio general de Vizcaya, que á su vez tenia origen en el antiguo de Santiago. El Colegio general de Vizcaya habia tenido la gloria de contar entre sus profesores al insigne D. Alberto Lista, y el Instituto ha tenido durante muchos años la de estar dirigido por D. José Julio de Lafuente, á quien no debe dar al olvido el que se ocupa en asuntos históricos de Vizcaya, pues el Sr. Lafuente ha ilustrado al historia del Señorío con noticias muy útiles y curiosas, aprovechando para ello sus Memorias de apertura de curso. Fundóse el actual Instituto por el Señorío, el Ayuntamiento de Bilbao y la Junta de comercio, y el edificio es obra del arquitecto D. Pedro de Belauzáran, autor tambien de la hermosa cárcel del partido judicial. Costó más de dos millones de reales y se abrió á la enseñanza en el curso de 1846 á 1847. Su matrícula suele pasar de quinientos alumnos.

XXXI.

DIVERSIONES PÚBLICAS.

Siempre fué muy dado Bilbao á las diversiones y espectáculos públicos, tales como las comedias, los toros y los torneos. Siente el autor de esta Sinópsis que la índole de su trabajo no le permita describir las fiestas espléndidas y ruidosas que se celebraron por tres dias en Bilbao á fines del siglo xvi á costa del Señorío, para festejar la venida del Juez mayor de Vizcaya en la Chancillería de Valladolid. El primer teatro, edificado *ad hoc* en Bilbao con verdadera suntuosidad y condiciones de tal, se inauguró en 1799 en la calle de la Ronda. Hasta entónces servía de teatro el patio de las Casas Consistoriales, habilitado con alguna comodidad para las representaciones. En 1816 devoró un incendio el hermoso coliseo de la calle de la Ronda, donde habian entusiasmado mucho al público el famoso Maiquez y otros de nuestros primeros actores de principios de este siglo. Reemplazósele con otro provisional de ladrillo que, derribado en 1827, fué sustituido con el actual, levantado en el mismo sitio. El actual se abrió al público en 1834, y está destinado á ser reemplazado muy pronto con otro que responda mejor á las necesidades y al gusto de la villa, que ha adquirido gran desarrollo desde que aquel edificio se levantó. Hay tambien en Bilbao un gimnasio y una plaza de toros muy notables, y unos Campos Eliseos muy amenos.

XXXII.

LA IMPRENTA EN BILBAO.

El arte de la imprenta se introdujo en Bilbao hácia el año 1587, en que Matías Marés imprimió el *Tratado de Gloria* del portugués Jerónimo Ossorio. A Marés sucedió Pedro Cole de Ibarra, cuya primera impresion conocida es de 1593, y consiste en un romance en que se describe la terrible inundacion ocurrida aquel mismo año. El mismo Cole de Ibarra imprimió en 1596 el primer libro en vascuence que se dió á luz en España, y es una traduccion del Catecismo de doctrina cristiana, mandada hacer por el obispo de Calahorra y la Calzada D. Pedro Manso, y hecha por el doctor Ostolaza. Así Marés como su sucesor Cole de Ibarra, imprimieron muchos é importantes libros, cuyo catálogo no cabe en esta Sinópsis. En nuestro tiempo la imprenta en Bilbao puede competir con la de las ciudades más adelantadas, debiéndose esto á D. Nicolás Delmas, y sobre todo, á su hijo D. Juan Ernesto, impresor del Señorío.

XXXIII.

GUERRA CON FRANCIA.

Los servicios que prestó Bilbao á la causa nacional con motivo de la guerra de la República francesa en 1793, fueron grandísimos. Gran parte de su vecindario combatió al ejército francés en las diferentes acciones que se dieron en los confines de Vizcaya y Guipúzcoa, y los sacrificios pecuniarios que la villa hizo ascendieron á muchos millones de reales. El ejército francés entró en la villa y permaneció en ella algunos dias, pero fué en virtud de una capitulacion honrosísima para Bilbao. No fué menor la gloria que alcanzó Bilbao con su conducta durante la guerra llamada de la Independencia. El 16 de Agosto de 1808 dirigióse el ejército francés á Bilbao. Los habitantes de la villa se habian armado en defensa de la causa nacional, pero el pueblo carecia de fortificaciones que le ayudaran á la defensa. Opusieronse los bilbainos valerosamente á la entrada de los franceses, pero tuvieron que sucumbir al número, y el enemigo entró en la villa y la saqueó horriblemente. Durante la guerra alternaron en la villa el ejército nacional y el francés, mientras todos los bilbainos aptos para manejar el fusil ó la espada, se hallaban incorporados á las fuerzas defensoras de la independencia española.

XXXIV.

GUERRA DE 1820 Á 1823.

En 1820 se apresuró Bilbao á simpatizar con el movimiento iniciado en Andalucía por las tropas que debieron embarcarse para sofocar la rebelion de América. Un batallon de milicianos nacionales de Bilbao se encerró en la Coruña cuando los franceses invadieron á España y contribuyó heroicamente á la defensa de aquella plaza. Algunos de los nacionales lograron salvar de los franceses la bandera del batallon que llevaron á Inglaterra y volvió á ser enseña del valor bilbaino cuando Isabel II subió al trono. El valor de los bilbainos era ya proverbial hace dos siglos, en que el Padre Gabriel de Henao escribía, hablando de esta villa: «sobre todo la aseguran por mar y tierra el esfuerzo y valor de sus vecinos naturalmente belicosos y denodados, robustos sufridores de trabajos, prestos para cualquier árduo intento.»

XXXV.

PRIMERA GUERRA CARLISTA.

A principios de Octubre de 1833, cuando en Bilbao se supo la muerte del rey Fernando VII, la Diputacion general de Vizcaya, que desconfiaba de los voluntarios realistas armados, sospechando que estuviesen afiliados en la conspiracion que hacia mucho tiempo se tramaba en toda España para proclamar rey á D. Carlos, así que Fernando VII falleciese, trató de impedir que se sublevaran, pero no lo pudo conseguir. Uno de los diputados generales, que era don Fernando de Zabala, fué comisionado por la Diputacion para ponerse al frente de los voluntarios de los pueblos inmediatos, y valido de su popularidad, llevarlos por buen camino y reprimir con ayuda de ellos el espíritu de insubordinacion que reinaba en los de la villa. Apenas el diputado Zabala habia abandonado el salon de sesiones de la Diputacion, haciendo protestas de coadyuvar á los pacíficos propósitos de la Corporacion foral, algunos de los voluntarios más exaltados y audaces penetraron en el edificio (que estaba en la plaza Vieja esquina izquierda de Artecalle) sin que se les opusiera la guardia de miqueletes que tenian ganada, y el diputado D. Pedro Pascual de Uhagon y los demás señores del regimiento general que le acompañaban, tuvieron que huir por los tejados, salvándose

de su furia con gran dificultad. El diputado D. Fernando de Zabala, lejos de cumplir su encargo y sus promesas, se puso al frente de la rebelion, y ésta se generalizó por todos los pueblos. Las tropas del Gobierno ocuparon la villa pocas semanas despues, y ya no volvieron los carlistas á penetrar en ella. Casi es inútil decir aquí la actitud que Bilbao ofreció durante la guerra civil de siete años que siguió á la rebelion de sus voluntarios realistas, porque no hay quien no tenga noticia de los terribles asedios que en 1835 y 1836 sufrió y resistió heroicamente la villa, conquistando con ellos el título de Invicta. No sin razon se dijo en 1836 que Bilbao habia salvado la corona de Isabel II, y no sin razon se pudo decir en 1874 que Bilbao habia salvado la corona de D. Alfonso XII. El mayor de los premios que Bilbao recibió por su heroismo en la primera guerra carlista no fué el título de Invicta, sino el de que terminada la guerra contribuyeron sus merecimientos á la confirmacion de las libertades vascongadas.

XXXVI.

REINADO DE ISABEL II.

Durante cerca de treinta años del reinado de doña Isabel II en que el país vascongado permaneció constantemente pacífico y leal á aquella augusta señora, á pesar del mal ejemplo que le daba el resto de España con sus frecuentes rebeliones coronadas con el destronamiento de la Reina, en que estas provincias no tuvieron participacion alguna, no obstante haber sido la vecina Santander una de las primeras capitales que se rebelaron, Bilbao conservó análoga actitud á la del resto del Señorío. Unicamente en Octubre de 1841 participó algun tanto de los movimientos políticos promovidos por el partido moderado para vindicar á la reina madre doña María Cristina de las violencias con que el partido progresista la habia condeñado al ostracismo. Con tal pretexto penetró en la villa invicta don Martín Zurbano y horrorizó al vecindario con los fusilamientos que sin formacion de causa ejecutó en la plaza Vieja en personas completamente extrañas á aquel movimiento.

XXXVII.

EL FERRO-CARRIL DE BILBAO Á TUDELA.

Durante el largo período de paz que disfrutaron las provincias vascongadas en el glorioso y fecundo reinado de doña Isabel II.

hay una efeméride que no se puede dar al olvido tratándose de Bilbao, y es la del proyecto y construcción del ferro-carril de Bilbao á Tudela, que excede de 250 kilómetros de extensión. Abierta suscripción en 1856 para la construcción de esta vía, en ménos de una semana se reunió un capital de cerca de cien millones de reales, contándose en las listas muchos vecinos de Bilbao que figuraron en ellas por cantidades de uno á cuatro millones. Puede, pues, decirse que esta hermosa vía férrea, cuya sólida construcción no tiene rival en España, se construyó á expensas de la villa de Bilbao. En audaz y viril aliento para las grandes empresas, es Bilbao un pueblo modelo, y así se explica lo numeroso de su matrícula de mar que se acerca á mil buques, sin incluir en este número las lanchas pescadoras y el gabarraje, y el renombre que Bilbao goza á pesar de su escasa población.

XXXVIII.

VENIDA DE REYES.

En 1828 visitó á Bilbao el rey D. Fernando VII con su augusta familia, hospedándose en la casa llamada el Palacio, contigua á San Nicolás, en la Estufa. En 1845 la visitó con sus tiernas hijas la reina gobernadora doña María Cristina, que en una tiernísima carta dirigida á la invicta villa había dicho que entre los actos de su vida que más le enorgullecían se contaba el de haber asegurado *para siempre* las libertades vascongadas al sancionar la ley de 29 de Octubre de 1839, que se tuvo por confirmatoria de estas libertades, hasta que en 1876 se la interpretó en sentido contrario. Se hospedaron también en el palacio de la Estufa. En 1865 honró á la villa con su presencia la reina doña Isabel II, que fué recibida en ella con gran entusiasmo y se hospedó en el Instituto vizcaino, acompañándola en esta visita sus hijos la infanta Isabel y el príncipe de Asturias D. Alfonso. En 1872 estuvo en Bilbao el rey D. Amadeo I, á quien la villa acogió nada más que con respeto y compasión. Hospedóse en casa de D. Andrés de Isasi, en Bidebarrieta, esquina izquierda del Arenal, piso segundo. Y finalmente, á principios de 1876 fué visitado Bilbao por el rey D. Alfonso XII, á quien la villa, cuatro veces invicta y mártir de su lealtad y su heroísmo, acogió con gran entusiasmo, viendo en él el sucesor y continuador de aquella serie de gloriosos monarcas que por espacio de tantos siglos habían protegido las libertades de Vizcaya. Se hospedó en la Diputación

general, donde desplegaron grandísimo celo en su servicio, y merecieron las mayores pruebas de benevolencia por parte del joven monarca los diputados generales D. Manuel María de Gortázar y don Francisco de Cariaga.

XXXIX.

LA SEGUNDA GUERRA CARLISTA.

La revolución de 1868, que destronó á doña Isabel II, había dado vida y aliento al carlismo. Un año hacía que éste se había alzado en armas en otras provincias de España, y aún los vascongados permanecían sin secundarle, á pesar de las sujestiones que para ello hacía aquel bando y á pesar del abandono en que el Gobierno dejaba á este país, más propio que ninguno otro de la nación para teatro de la guerra civil, por sus condiciones topográficas, por su población dispersa, y sobre todo, por su situación fronteriza. Al fin el carlismo logró dar aquí señales de vida, y los habitantes de Bilbao se organizaron y armaron para sostener el orden y el respeto á la autoridad en la villa. Sitiada ésta por los carlistas, que habían organizado grandes fuerzas desembarcando armas y reclutando forzosamente á la juventud sin que nadie se les opusiera, Bilbao se vió incomunicado por mar y tierra y combatido terriblemente desde fin de Diciembre de 1873 hasta 2 de Mayo de 1874, padeciendo todos los horrores del hambre y la destruccion. En su recinto vió caer más de siete mil bombas, granadas y balas rasas, sin que desmayara el aliento de los defensores para resistir á los sitiadores, que no procuraban asaltar los muros como los sitiadores de 1835 y 1836, sino que á mansalva lanzaban sobre la villa, ocultos tras las montañas cercanas, la tempestad de hierro y fuego que la horrorizó sin acobardarla.

XL.

HIJOS ILUSTRES DE BILBAO.

No cabe en esta Sinópsis la enumeracion de todos los hijos ilustres de Bilbao, y por tanto, sólo se citarán algunos de ellos. Hijos suyos fueron Pedro de Arbolancha, famoso náutico elegido por Vasco Núñez de Balboa para el descubrimiento del mar del Sur; D. Martín de Bertendona, general de la real armada y capitán ge-

neral de la escuadra de Levante en 1558; el almirante Juan Martínez de Zurbáran, que floreció en el mismo siglo; D. José de la Quintana, secretario de Estado y del despacho de Marina é Indias; los doctos escritores D. Nicolás de Arriquirar y D. Tomás Antonio de Merien; el teniente general D. José de Mazarredo y D. Mariano de Isachiribil, célebres en los fastos de la Marina real; don Francisco y D. Diego de Gardoqui, cardenal el primero y secretario de Estado y del despacho de Hacienda el segundo; D. Mariano Luis de Urquijo, ministro de Estado; D. Ignacio de Luzuriaga, docto médico; D. Pedro Nobia de Salcedo, insigne defensor de las instituciones vascongadas, y otros muchos hombres ilustres en todas las carreras y ramos del saber humano.

XLI.

BILBAO DESPUES DE LA SEGUNDA GUERRA CARLISTA.

El carlismo fué vencido y la guerra terminó dichosamente, y en Bilbao no se vió ni un solo acto de resentimiento y venganza entre los vencidos, que paseaban las calles de la villa poco ménos que al dia siguiente de haberla bombardeado, sin que nadie les pidiera cuenta de su conducta. Tambien termina aquí esta Sinópsis histórica de Bilbao, y es justo que se complete diciendo en pocas palabras cuál es el espectáculo que hoy ofrece la poblacion. Este espectáculo es tristísimo y muy diferente del que ofrecia al terminar la primera guerra carlista, en que se regocijaba uniendo á las alegrías de la paz las de ver confirmadas las libertades forales, porque la villa invicta parece vencida y no vencedora: las montañas que la rodean y dominan están coronadas de fortalezas que apuntan á Bilbao sus cañones, y las madres bilbainas lloran por primera vez viendo quintar á sus hijos. Pero hay una idea que consuela á los bilbainos de todas las opiniones políticas, y esta idea es la de que su villa, satisfecha con haber ganado cuatro veces el título de Invicta, no aspirará nunca á ganarle por quinta vez en las contiendas civiles.

ANTONIO DE TRUEBA,
cronista de Vizcaya.

SECCION LITERARIA.

Á LA REINA MERCEDES. (1)

Rayo de pura luz, brilla un momento,
y alumbra y pasa, cual errante estrella:
aroma de virtudes va con ella
por la alta inmensidad del firmamento.

En el paterno hogar y el áureo asiento
del regio trono, dejó su alma bella
radiante en pos de sí la hermosa huella
del amor y del bien, que son su aliento.

El cañon en los aires ronco truena;
ruge el león de España estremecido;
el ancha plaza y el alcázar llena
inmenso pueblo, cual de un rayo herido;
y, extático por fin, en blanca nube
contempla *al ángel*, que á los cielos *sube*.

C. M. P.

COSAS DEL MUNDO.

—Vamos, preciso es confesarlo. Nada hay tan hermoso ni halagüeño, nada que tanto cautive, como el puro azul del cielo, el canto puro de las aves, el verdor del campo, y los matices de las flores, cuando palpitan y sonrien en el diáfano ambiente de una mañana de Abril y Mayo. Adios, hasta luégo.

(1) Murió en Madrid el 26 de Junio de 1878 á las doce y media del dia, á los cinco meses de reina y 18 años de edad.

—¿Te vas? ¿tan de mañana?

—Cierto; para eso madrugué: para disfrutar de la vida y hacer por la salud.

Esto decia cierto morador de una de las vecindades más sanas y alegres de Madrid, mirando con no reprimido júbilo desde sus balcones á la fachada de enfrente. Y la fachada de enfrente era el monasterio del Escorial, y la cordillera del Guadarrama, y el alegre inmenso horizonte, debajo del cual erguíanse como dos colosos el regio Alcázar de Madrid y el elevado cuartel de la Montaña, y se extendían más léjos con indecible gracia las colinas, los valles, las florestas, los bosques y enramadas de los reales sitios de la Casa de Campo y el Pardo, lamidos humildemente por el humilde Manzanares.

Salió gozoso aspirando con ansias placenteras aquellas matutinas auras primaverales, que á tales horas y en tales sitios traían las diurnas primicias de todas las fragancias del jardín, del otero y la montaña, mezcladas y confundidas en un solo aliento.

Al cabo de dos horas el jubiloso vecino del alegre barrio volvía á pisar el umbral de su casa; y, asomado de nuevo á contemplar su querida *fachada de enfrente*, exclamaba y repetía, con cierta sonrisa así como entre distraído y regocijado: ¡Cosas del mundo! ¡Cosas del mundo! ¡Siempre se aprende algo!

—¡Qué contento vienes! Vamos, estos paseos de por la mañana te sacan de tus casillas.

—Y ¡vaya si es cierto! ¡Hermosa mañana! ¡Bellísimo paseo! Esto me da la vida. ¡Es placer tan puro y espectáculo tan maravilloso, tan sabrosa enseñanza y medicina tan barata, que á mí me parece grandísima necesidad ó imperdonable indolencia el no aprovecharse á manos llenas de lo que á manos llenas nos regala Dios y tanto bien nos hace.

—Pero esta vez algo nuevo traes.

—Vi algo nuevo, que no es fácil olvidar; y voy á contártelo. La mañana, verdaderamente de Mayo, aunque estemos á 7 de Junio, me atrajo hácia fuera; y entre arboledas nuevas y elegantes viviendas recién habitadas, he ido recorriendo sin sentir caminos pintorescos, que me llevaron á parar á la puerta de ese bello y airoso templo, que adorna los contornos de Madrid, circuido de jardines.

Noté que algunos coches aguardaban sin duda á la gente que dentro habia; y la pícara curiosidad, y acaso un tanto al par de reverencia al lugar santo, me indujeron á entrar, interrumpiendo mi matinal caminata. Cierto, que no hubo de pesarme, porque estaba alumbrado el templo con plácidos resplandores de la luz de Oriente, y dibujábanse con galanura sin igual, con cierto indecible místico encanto, las esbél-

tas columnas y capiteles graciosos; en que apóyase el arco bizantino, y los doseletes repartidos en triple bóveda espaciosa, y la elegante cornisa, las tribunas, los altares, las imágenes sagradas. Placentera comitiva de personas de ambós sexos, como en traje de fiesta, llenaba una parte del ancho crucero delante de la capilla mayor, y en ésta, con religiosa y solemne pompa, se veía á un cardenal oficiando una misa de desposorios y velaciones.

— ¿Y quiénes eran los desposados?

— Eso mismo pregunté yo al momento al primero que á mi lado hallé. Y me contestaron: La hija del famoso ministro y literato D. Fulano y el hijo del conocido escritor D. Mengano. Ya no me moví de allí hasta el fin de la fiesta, acrecentada sin poder remediarlo mi natural curiosidad.

Y como no es en tales ocasiones árdua cosa el conocer, por la emocion pintada en los semblantes, quiénes son las madres, quiénes los padres, quiénes los íntimos amigos, quiénes los convidados adictos por uno ú otro interés, y quiénes los indiferentes, yo, acaso con algun detrimento de la devocion propia del lugar, seguí con la vista, pertinaz y alternativamente, á cada una de las principales figuras de aquel interesante cuadro, y al cortejo formado por las restantes, y á la armónica reunion del conjunto en general.

Y ví que apénas terminado el sagrado rito, las madres estrecharon en sus brazos las primeras con efusion indecible á sus hijos; luégo éstos abrazaron á sus padres, en quienes al parecer luchaba la ternura del corazon con el tono varonil de la autoridad; despues llegó el turno á las coetáneas amigas de la infancia; y, por fin, vinieron los restantes á tender su mano á hijos y padres con grave compostura de circumspecta cortesía.

— ¡Hombre! en verdad que en eso no viste nada de nuevo. ¡Las madres! claro es, las primeras; ¿quién como ellas para sentir y querer? Luégo los padres, que en tales momentos se dominan sin duda más. Luégo las amigas de mayor intimidad, que animadas por ésta, y acaso por cierta especie de no maligna, pero sí en tales casos pegajosa envidia, se apresuran á ofrecer su parabien; y luégo *los demás*. En todos, ménos en éstos, que yo llamo *los demás*, y suelen estar muy frescos, agitanse encontrados sentimientos de contento y pena. Es ley de lo humano, y tanto más clara y patente, cuanto las ocasiones son más solemnes. Vamos, nó has visto nada nuevo; eso pasa siempre.

— Pues, porque *pasa siempre*, pasó esta vez. Pero aquí hubo algo más de lo que siempre pasa.

Es de notar que, así como de Mengano, el padre del novio, nada sé de particular, en cambio, sabemos todos muchas, muchísimas cosas,

notables en gran manera, de Fulano, el padre de la novia: y las sabemos porque hízolas y díjolas él de suerte, que las entregaba de grado á todo viento de publicidad. Y entre esas singulares y célebres cosas, ¿quién olvida las hechas y dichas en contra de la religion, con tal desenfado, tal desparpajo y tal tupé (segun se dice ahora), que pasmó entónces y pasma todavía el recordarlo?

— ¡Calla! ¿pero es aquél de lo incombustible, trágico, tremebundo?..

— El mismo, el mismo. Pues bien, como te dije, yo con mis ojos seguía á todos, y más á los principales.

Y ví á uno, que debió de ser algo, cuando Fulano era ministro, y ahora en un órden contrario de cosas aspirará, sin duda á ser *mucho más*, acercarse, con serio y un tanto misterioso continente (como quien parece mirar lo que pasa fuera, y en verdad está mirando pasar procesiones por dentro), dar un apretón de manos al padre (*por si vuelve algun vez*) y una indiferente cabezada á todos los otros, y desaparecer. Y dije para mí: ¡Cosas del mundo! Ese hombre va á su fin.

Ví á una señora, amiga oficiosa y satisfecha de ambas familias, subir y bajar las escaleras del presbiterio, hablar con Su Eminencia el Cardenal, terminada la misa, luégo con toda la comitiva, caracoleando solícita y afanosa por entre ella, y haciendo, en fin, que de dos en dos subieran bajo su direccion y guía al presbiterio, los novios, los padres y los padrinos. Y dije: ¡Cosas del mundo! ¡Mujer feliz!

Ví al Cardenal de pié recibir á todos con sencillez, hablarles con llana manera y bendecirles con pastoral caridad. Y dije: ¡Cristiana condicion!

Ví á los padrinos besar con respeto el anillo consagrado del anciano príncipe de la Iglesia. Y me pareció que hacían lo natural.

Ví al rostro anchuroso y colorado del padre del novio inclinarse y besar también la consagrada mano. Y parecióme bien.

Ví á las madres, llorando á lágrima viva, besar repetidamente pálidas de emoción, aquella mano que había bendecido y santificado la union de sus hijos. Y sin poderlo remediar también se humedeció mi semblante.

Ví, en fin, al padre de la novia, de aguda y concentrada fisonomía, líneas angulosas y afiladas, ojos pequeños, hundidos y rutilantes, llegar al presbiterio, coger y dejar al punto la mano que el anciano Cardenal le tendía, y guardarse bien ¡él solo! de besarla, teniéndolo sin duda á ménos, á impulsos de algun estímulo de no enfrenada altivez. Y dije...

— ¡Pero hombre! No digas nada. ¡Válganos Dios! ¡No haberme contado tal cosa! Más quisiera no haberlo oído. Vamos, no comprendo eso de querer decir:—á mi hija la casó un Cardenal; su boda la consagró y

bendijo con inusitado realce;—eso de querer y aceptar el singular honor y el boato distinguido, y negar luego la sencilla muestra de respeto que todos los demás á su presencia tributan al que se dignó honrar la boda! ¡Todos menos él! ¡Menos el padre de la favorecida! Vamos, te lo repito; no quisiera haber oido semejante cosa.

—¡Qué remedio! ¡Cosas del mundo! Yo lo que ví, te cuento. Y me parece que lejos de fortaleza debió de haber flaqueza grande en ello; ó flaqueza de vanidad, ó flaqueza de soberbia (que tambien es gran flaqueza), ó flaqueza de injusticia, que es de las peores. Mas confiéstele al pár que pudo ser tambien algo de falta de costumbre; y que en medio de todo creo que Fulano, hombre de talento y energía, llevaba en su semblante el sello de quien ve pasar alguna otra procesion por dentro de su espíritu, más seria y grave en verdad que la de aquel su amigo de la comitiva que le hizo el acatamiento, y desapareció, mirando con desdén á los demás.

—¿Y qué procesion era esa?

—Yo te lo diré. Como se trata de un hombre ilustrado, en aquella procesion interna irian en primer lugar los siglos y las naciones, dotados de barbarie ó corrupcion, en que el matrimonio de las *hijas queridas*, nacidas á ser santas madres de honrados nietos, y formar la sagrada y amadísima cadena de la virtuosa y viril descendencia, no era más que un brutal enlace, en que moria toda la dignidad y encanto de la mujer. En segundo lugar, irian los siglos y las naciones, alumbrados y ennoblecidos con la luz del Evangelio por la continúa enseñanza de la Iglesia, madre de la universal civilizacion. Irian despues los vivos recuerdos de polémicas ardientes, de groseras calumnias y ataques injustos y sañudos á esa Iglesia y á su enseñanza, para descatonizar á España y contribuir á descatonizar al mundo. Seguirian acaso los recuerdos de algunas noches antiguas pasadas en el insomnio, ostigado por el pro y el contra de árduas cuestiones, y, sobre todo, de la última, que precedió á la separacion de aquella hija entrañablemente querida, y á la fijacion de su futura suerte. Seguirian, en fin, la idea del gran sacramento de vida, del matrimonio cristiano, de los sublimes y expresivos ritos de la Iglesia, y de la consagracion y santificacion del hombre y de la familia desde su nacimiento hasta su muerte; de la religiosa memoria de los padres en el alma de los hijos y de los nietos de generacion en generacion, que Fulano ambicionaria para sí, como la ambiciona cada cual. Y todo esto era sin duda lo que producía en aquel semblante agudo, reseco y nervioso, una concentracion y palidez especial.

—En verdad, si es que iba por dentro esa procesion que me has pintado, no era el caso para menos.

—Ciertamente; y aún en ello pudiera confiarse, y en el amor de padre, y en los combates del mundo, y en algo más que de más alto pudiera venir en buen hora, para no juzgar imposible que lo que yo he visto esta mañana, aún con sus flaquezas y todo, señale un momento de reflexión profunda, en pos del cual vengan al alma apariciones de verdades luminosas. Pero esto sólo Dios sabe si será ó no será. Y entre tanto ¡cosas del mundo! se ven á menudo tales contradicciones en los hombres, que de más inflexibles alardean: y el universo, á pesar de ellas, prosigue su canto de sublime armonía, pregonando la gloria de Dios.—

Y el vecino quedó sumergido en hondo silencio, de pechos en el balcón, y contemplando sin hartarse aquel inmenso horizonte y aquella su incomparable *fachada de enfrente*, en la cual por lo visto ha de haber muchas cosas escritas, que le hablen al alma; porque, despues de largo rato volviósse y dijo:— ¡Ves? ¡Cuán sublimes las obras de Dios!

—Bien las veo, ¡mas se olvida á su autor tantas veces!

—¡Cosas del mundo! ¡Cosas del mundo!—dijo el vecino; y apresuradamente se retiró.

EL CABALLERO DE ALHAMA.

CRÓNICA Y VARIEDADES.

UNA MÁRTIR DE LA ABNEGACION CRISTIANA.

M. J. Bournichon, cura de Saint-Just, en el pueblo de Le Berry, cercano á Bourges, en Francia, dirigió á *La Semaine religieuse* de Le Berry la siguiente carta á fines del año anterior 1877. Es por demás interesante de suyo para que haga menester su contexto nuestra recomendacion:

« El miércoles 19 de Setiembre, entre dos y tres de la tarde, cinco de los nietos de M. Henri Torchon y señora salian del castillo de Feulardes, residencia de sus abuelos, para ir á paseo.

» ¡Cuán alegres estaban aquellos niños, y cuán á sus anchas se prometian correr á través de los bosquecillos, de las alamedas y setos, que

hacen de Feulardes una de las residencias más pintorescas y más agradables de las cercanías de Bourges!...

»El ama de los niños los acompañaba, y además tenían consigo á una religiosa del Buen Socorro que, desde su instalacion en el campo, habitaba en el castillo. Esa buena Hermana habia, el invierno anterior, prodigado sus cuidados al más jóven de los dos hermanos. Habia cobrado afecto á su pequeño enfermo, y con permiso de su superiora, seguídole á su partida de París, á fin de vigilar su convalecencia. Los dos encantadores niños la amaban con igual cariño y no podian dejarla.—«La Hermana es mia,» decia el pequeño enfermo á su hermano.—«Es mia tambien...» contestaba éste;—y la Hermana, testigo de aquellas amistosas disputas para repartirse sus ternezas, los ponía en breve de acuerdo diciéndoles que queria pertenecer á ambos.

»Debía, en aquel mismo dia, demostrárselo algo más que de palabra.

»Los cinco niños, hablando, saltando, riendo, se apiñaban alrededor de la Hermana, y parecian querer arrancarle algun objeto.—Y era que tenía entre sus brazos dos lindos pichones blancos, que ambos hermanos habian acostumbrado á ir á comer en sus manos, y que, sin asustarse, se prestaban á sus juegos, y las pequeñas primas á quienes esas mansas aves atraian, hacian esfuerzos por arrebatárselas á la Hermana, que las defendia lo mejor que podia.

»Habian llegado así hasta el extremo de la gran avenida del castillo. Iban á entrar bajo un oquedal de abetos cuya sombra los tentaba, cuando, de pronto, la mayor de la pequeña banda se detuvo.

«¡Oh, qué perro tan feo!» exclamó.

»Todas las miradas se dirigieron al punto por ella indicado. En el borde de la alameda, un perro negro, con el pelo erizado y la cabeza alargada sobre la tierra, se hallaba acostado, y los miraba fijamente con ojos soturnos que por instantes se iluminaban con reflejos fulgurantes.

»La Hermana reúne á los niños y los quiere hacer volver atrás; pero el perro se levanta con el hocico abierto, y se lanza dando un aullido ronco y siniestro.

»La religiosa comprendió el peligro, y tomó su resolucion.

—«¡Huid! gritó á los niños; ¡huid prontamente!»—mas ella, en vez de huir, corrió al encuentro del animal furioso que se precipitó sobre ella, la mordió y despedazó.

»La lucha fué corta, pero terrible.

»No teniendo nada, absolutamente nada para defenderse contra las mordidas del feroz animal, y queriendo detenerlo á toda costa, la pobre Hermana cogió con sus dos manos las babosas mandíbulas de aquél, y las mantuvo apartadas una de otra con una fuerza redoblada por el terror que tenía de ver escapársele el perro para correr trás los niños confiados á su custodia.—Y sin pensar en sí en aquel momento terrible, sin prestar atencion á los agudos colmillos que se clavan en sus carnes cada vez que el animal furioso logra cerrar las mandíbulas, grita á los niños que

toniaban la gran avenida para huir:—«No paseis por ahí... Abandonad el camino... Entrad en las alamedas del bosque para que el perro no vuelva á veros...»—Y la lucha prosigue; pero los papeles se han trocado. El perro, que habia atacado, hace esfuerzos ahora por defenderse á su vez. Aulla, y con patas y dientes no cesa un punto de desgarrar á la Hermana.—Ésta siente que las fuerzas se le van... Sus piernas flaquean. Está á punto de sucumbir, y los niños á quienes quiere salvar no están todavía fuera de alcance.—«¡Dios mio, exclama, dadme la fuerza que me falta!»—Y cayendo de rodillas para apoyarse en la tierra, suelta las mandíbulas que tiene sujetas, y abre los brazos para abarcar en pleno cuerpo á su espantoso enemigo.—Mas éste, domeñado por tanto valor, renuncia á la lucha y huye.

»Entonces, sólo entonces, al ver sus pobres manos ensangrentadas, sus dedos desgarrados y magullados, sintió aquella heroína del deber que era mujer... Se apoyó en un árbol de la avenida y lloró.

»En el castillo, los abuelos y la jóven madre esperaban á los niños.—No tenían inquietud, pues los habian visto partir tan alegres, y además tenían gran confianza en la buena Hermana.

»¡Oh Dios mio, adorable sois en vuestros caminos!... ¡Pero en la hora en que ménos lo piensan enviáis la prueba á aquellos á quienes amáis, y por medio del dolor purificáis su amor!...

»El abuelo miraba hácia el lado de la avenida por donde habia visto alejarse á sus nietos, y los vió llegar rodeando con llanto en los ojos á la Hermana, que tenía sus dos brazos extendidos.—Su corazon se estrecha.—Presiente una desgracia.

»En breve la espantosa verdad es conocida, y todo el castillo llora.

»Pero la Sra. Torchon comprende que no es tiempo aquel de ceder á la emocion. Llamando á su alma de cristiana toda su energía y toda su fe, ordena al cochero que corra á escape en busca del médico; otro criado parte para Bourges, portador de un despacho para la Superiora del Buen Socorro de París; y ella misma mientras llega el médico, procede á la primera cura preconizada en semejantes casos.—Ligaduras en ambos brazos para contener la circulacion de la sangre, lavadas multiplicadas, compresas de álcali en las heridas, y absorcion del mismo en fuertes dosis... nada de lo que podia y debia intentar la prudencia fué perdonado.

»La Hermana la dejaba hacer, diciendo: «¡Estoy perdida! ¡lo siento!...» ¡Pero cúmplase la voluntad de Dios!... En cuanto á mí, he hecho mi deber!...

»Entre tanto, el cochero del castillo habia recorrido el camino con toda velocidad, y en veintitres minutos, salvado las tres leguas que separan á Feulardes de Dun-le-Roi. El doctor Vigouroux se apresuró á acudir.

»A su llegada, hizo constar la existencia de diez y siete mordidas en ambas manos; casi todas penetraban profundamente en las carnes, con

fracturas de varios dedos. Desde la primera ojeada vió que no habia un minuto que perder para recurrir á los remedios extremos.

«¡Animo! le dijo á la Hermana. No hay peligro. ¡Pero, como medida de precaucion, es menester que se deje usted quemar todo eso!»

«El Dios de bondad me dará valor, dijo ella. Pero ¿por qué tratar de engañarme? Yo sé perfectamente el peligro que corro. ¡Haga usted cuanto quiera, estoy dispuesta!...»

»Y armándose con la señal de la cruz, presentó sus manos al médico.—Entónces el hierro enrojecido hasta ponerlo blanco hizo su obra. En breve las ensangrentadas heridas fueron reemplazadas por crueles quemaduras.—La mártir oraba... Y miéntas sus carnes chirriaban bajo la accion del fuego, suplicaba á Dios que le ayudase á sufrir, y le daba gracias por haberse valido de ella para salvar á los niños á quienes amaba.

»Y sin embargo, en medio del temor que oprimia todos los corazones, y al paso que se recurria á aquel tratamiento enérgico, una última esperanza quedaba.—El perro que habia mordido á la Hermana podia no ser sino un perro extraviado y furioso, y no un perro atacado de la espantosa enfermedad de la rabia.—Mas ese resto de esperanza no habia de tardar en extinguirse.—Se supo que despues de haber abandonado á su víctima, se habia arrojado sobre el perro de una posesion dependiente del castillo, que habia sido perseguido por fechorias semejantes á aquella por la mañana y la víspera, y que en fin, cercado en el camino de Dun-le-Roi, acababa de ser muerto por un jóven de Saint-Just (1) en el momento en que se arrojaba sobre él furioso.

»Monsieur Vigouroux hizo que le llevaran el cuerpo del horrible animal. Auxiliado por un veterinario de Dun-le-Roi, hizo su autopsia y se vió obligado á comprobar que la rabia existia y debia haber llegado á su último período.

»Se ocultó esta triste nueva á la Hermana.—Pero desde encónces se hizo evidente que todo remedio sería ineficaz, y que era menester no confiar sino en Dios.

»El fin de aquel dia y la noche siguiente estuvieron llenos de padecimientos para la víctima, y de crueles angustias para los que la asistian.—Al ver todos los semblantes apesadumbrados en torno suyo, la Hermana encontraba todavía valor para tratar de consolarlos á todos. Bastante sosegada y dueña de sí misma miéntas estaba despierta, sus torturas interiores no se ostentaban sino en los raros momentos de

(1) Ese jóven se llama Francisco Rochon.—Dió pruebas en esta circunstancia de sangre fria y de un valor que merecia ser señalado.—Armado de una pértiga bastante pesada, se habia puesto con varios obreros á buscar al perro.—Lo ve de pronto precipitarse sobre él dando ese alarido lúgubre y espantoso que cuantos han visto perros rabiosos conocen y no pueden olvidar.—Retrocede un paso; alza el madero, y es bastante afortunado para abatir á sus piés de un solo golpe al furioso animal.

adormecimiento que podia tener. Entonces sueños espantosos la agitaban... Exhalaba gritos, y en todas partes veía perros rabiosos.

»Desde su regreso al castillo, y mientras la señora Torchon le prodigaba sus cuidados, la Hermana habia manifestado el deseo de volver á París, al seno de su comunidad. En vano el señor y la señora Torchon le hicieron presentes los peligros del viaje en el estado de debilidad en que se encontraba, y le ofrecieron alejar á los niños y llamar á Feulardés á algunas de sus compañeras, y al médico cada dia, para velar por ella. Insistió en partir, y esto por caridad: «en su temor, decia, de que, si la horrible enfermedad llegaba á sorprenderla, no fuese involuntaria causa de una desgracia.»—Por lo demás, sumisa en eso, como en todo, á la Providencia, consintió en quedarse si su Superiora lo ordenaba.

»Se esperaba á ésta aquella misma noche.—La enfermedad le impidió acudir, por lo que envió á una de sus religiosas con mision de llevar á su querida Hermana á París.

»Habiendo opinado el médico que el transporte hasta Bourges no podia ofrecer peligro alguno, se decidió, segun el deseo de la enferma, que su partida se efectuase al dia siguiente. Todas las precauciones fueron tomadas para que no experimentase la más leve fatiga durante el trayecto. El doctor Vigouroux la acompañó para asistirle en caso de accidente imprevisto.—En Bourges el doctor Bercioux, llamado para verla, entró en consulta con su compañero para decidir si el transporte á París era realizable ó si valia más dejar á la buena Hermana en casa de las religiosas de su orden establecidas en la ciudad, que se mostraban ardientemente deseosas de retenerla.—Ambos opinaron que la vuelta á su comunidad no podia ménos de ser ventajosa para la enferma, y que el viaje no ofrecia peligro para ella.

»El 24 de Setiembre, dos dias despues de su heróico sacrificio, volvió á entrar la Hermana en su querida casa de la calle Jacob (París), que habia dejado llena de fuerza cinco meses ántes, y adonde volvia para morir...

»Veinte dias trascurrieron durante los cuales ningun síntoma desfavorable se manifestó.—Las quemaduras de las manos empezaban á cicatrizarse, y la esperanza perdida renacia en los corazones de cuantos se interesaban por la pobre enferma.

»¿Y cómo no habian de haber esperado? ¡Tantas oraciones habian sido hechas en la capilla de Feulardés, en todas las casas del Buen Socorro, y en todos los santuarios venerados! Mas Dios habia juzgado bueno el sacrificio de la Santa, y tenia prisa de coronarlo.

«El 11 del mes corriente (Octubre), la Hermana fué acometida de vómitos que no cesaron durante tres dias. El doctor se inquietó, no sabiendo á qué atribuir aquella indisposicion que no tenia, segun decia, ninguna relacion con la espantosa enfermedad que se temia.—Pero desde el 11 tambien, empezó á sentir una repulsion horrible á todo líquido: la vista de un vaso de agua ó de una cuchara la crispaba: experimentaba

por momentos contracciones nerviosas.—Eran aquéllos, por desgracia, pronósticos acerca de los cuales no era posible equivocarse.—Veíase que padecía, que comprendía su mal; pero la oracion la ayudaba á hacerse dueña de él.—Su calma y mansedumbre no se desmintieron un solo instante.

» El lunes 15 de Octubre, dia de la fiesta de Santa Teresa, á las 8 de la noche, pidió el sacramento de la Extremauncion.—Recitó el *Confiteor* con el sacerdote.—No permitiéndole sus frecuentes debilidades recibia al Dios de bondad en su corazon, obtuvo que se le llevase el Santísimo Sacramento á su habitacion para que pudiese contemplarle, adorarle, y merecer de él la gracia de bien morir.

» En la noche del 15 al 16, tuvo varias crisis, una de las cuales duró tres horas. Su Superiora y seis religiosas más del Buen Socorro la asistian.—«¡No os acerqueis á mí, Hermanas!... ¡No os acerqueis á mí!...» gritaba. ¡Hay en ello demasiado peligro para vosotras!...»

» En medio de la más dolorosa de esas crisis, de rodillas sobre su cama, y con los brazos en cruz, hizo esta sublime plegaria: «¡Oh Dios mio, haced que los niños por quienes muero sean unos buenos cristianos!... Mi sacrificio está hecho... Nada os retiro de lo que os tengo dado... Si hubiese de empezar de nuevo, de nuevo moriria por esos queridos niños ¡pues los amaba tanto!...»—Y dirigiéndose á sus compañeras: «Hermanas mias, les decia, rogad, rogad por mí.»

» En medio de los más violentos accesos, Dios le hizo la gracia de poder siempre contenerse. Tenía un crucifijo en sus manos desgarradas; lo estrechaba sobre su corazon, y no lo dejaba un instante.

» En la mañana del 16 volvió á cobrar la calma, pero era la calma precursora de la muerte. A la una de la tarde perdió el conocimiento, y se durmió acá en la tierra para no despertar sino en el cielo.

» El Sr. Cura de San German *des-Prés*, el de Santo Tomás de Aquino y el de Santiago asistian á sus últimos momentos. «Quedaron,» escribia un testigo de aquella muerte tan edificante, «quedaron profundamente» afligidos, pero al mismo tiempo profundamente consolados con tan santa muerte.—«¡Está en el cielo!» decian los tres... ¡de ello estamos convencidos! ¡Es inútil rogar por ella!»

» El jueves siguiente, á las 10, una turba numerosa acompañaba, en la iglesia de San German *des-Prés*, su parroquia, á aquella mártir de la caridad cristiana. Los ojos de todos se humedecian; los enternecidos corazones de todos sentian crecer su amor á esa religion que, áun en nuestros dias de egoismo, es capaz todavía de inspirar á débiles mujeres tan virtuosos sacrificios.

» Sor Simplicia, cuyo valor y cuya muerte acabamos de referir, pertenecia á la órden del Buen Socorro de la casa de Troyes. Sólo tenia treinta años.—J. BOURNICHON, *Cura de Saint-Just*.

Última disposicion del conde Sclopis. — *La España* ha publicado la siguiente carta:

Roma 12 de Marzo de 1878.

«Sr. Director de *La España*: Bajo el título de *Un buen consuelo para los católicos y un buen ejemplo para todos*, el *Emporio Popolare* de Turin reproduce la declaracion hecha ántes de morir por el conde Federico Sclopis:

«Para la edificacion pública, dice el colega, damos á conocer las palabras que S. E. Mr. el conde Federico Sclopis de Salerano, fallecido el 8 del corriente á las cuatro y media de la tarde, pronunció en presencia del señor cura párroco de *Corpus Domini*, del teólogo abad Sr. Ferrero Antonino y de todos aquellos que se hallaban presentes en su cámara acompañando al Santo Viático.

»Antes de recibir el Santo Viático, yo me declaro, como lo soy, indigno de esta visita que el Señor se digna hacerme descendiendo á mi corazon. Perdono de corazon á todos aquellos que de cualquier modo me hayan ofendido, y espero igualmente me perdonen aquellos á quienes yo lo hubiese hecho. Quiero tambien que se tenga presente que reconozco los derechos de la Santa Sede y que desearia vivir para reparar todo aquello en que la he podido ofender, y si esto no es posible, públicamente pido perdon al Señor de lo que le he ofendido y quiero morir en el seno de esta religion á la que pública y solemnemente declaro y me vanaglorio de haber pertenecido.»

»Hace luégo otras declaraciones, y dispone en su testamento que desea ser enterrado en el cementerio en el lugar de los pobres, y sin que se le tributen pompas profanas.»

Homenaje á Su Santidad por el Colegio de Saint-Cyr de Paris. — La casi totalidad de alumnos del Colegio militar de Saint-Cyr, el primero en su clase entre los de aquella nacion, y de donde han salido sus generales, ha dirigido á Su Santidad Leon XIII el siguiente mensaje:

» Santísimo Padre: En el momento en que Vuestra Santidad ha sido elevado al Pontificado Supremo, nos apresuramos á llevar á sus plantas el homenaje de nuestra filial adhesion y la seguridad de nuestra absoluta sumision á su enseñaanza infalible.

» Nuestro amor hácia Francia, á la que consagramos nuestra vida, es inseparable de nuestro amor hácia la Santa Sede.

» Como soldados franceses, somos tambien soldados de Cristo en la lucha contra la Revolucion, y nuestros sentimientos religiosos se hallan trechamente unidos con nuestro patriotismo.

» Postrados humildemente á las plantas de Vuestra Santidad, Santísimo Padre, implóramos la bendición apostólica para nosotros, nuestras familias, para el Colegio de Saint-Cyr, y para el ejército francés, que será en el porvenir, y esa al ménos es nuestra más grata esperanza, el brazo derecho y el hijo primogénito de la Iglesia.—V.

Las virtudes de los pobres.— Del *Boletín de la Sociedad de San Vicente de Paul* ha tomado *La Voz de la Caridad*, y tomamos tambien nosotros, los siguientes párrafos de un discurso pronunciado en la Junta general de las Conferencias de Dublin por su presidente el canónigo John Gorvan. Dice así:

« Estoy satisfecho de todo lo que he oido, excepto de una frase del doctor Woodlock; ha tratado de excusar la falta de asiduidad de los que están muy ocupados durante la semana. El hecho es, por el contrario, que las gentes desocupadas no hacen nada. Todas las obras de Dios se practican por hombres, por lo comun, sobrecargados de trabajo.

Un dia tenía yo un asunto muy importante, que urgía despachar. Pregunté á un buen sacerdote que conocia bien el personal de la poblacion, qué persona, que tuviese mucho tiempo á su disposicion, podria ocuparse en mi negocio. «No es á las personas desocupadas á quienes debéis dirigiros, me respondió el sacerdote. Los que no tienen nada que hacer, no harán nada. Los que están muy ocupados en sus bufetes, en sus industrias ó en sus profesiones, esos son los que hacen las obras de Dios.»

Supongo que lo que esperais de mí es una palabra que os anime á proseguir con ardor la obra de Dios. Vosotros estais consagrados á la caridad: es un vasto campo, que sería imposible recorrer en toda su extension. Nada diré, pues, de la limosna en general, de las promesas que Dios ha hecho á las personas caritativas, ni áun de las grandes recompensas que concederá, sin duda, á los que hayan prodigado esta virtud. Me concretaré sólo á una parte muy pequeña de este asunto, á saber: que los pobres, y muy especialmente los pobres de Irlanda, merecen nuestra simpatía, nuestra estimacion y nuestra asistencia.

Tal es mi proposicion, y estoy dispuesto á demostrarla. Que los que son viejos, como yo, recuerden el tiempo del hambre. Asistí entónces á millares de personas que se morian de necesidad. Les daba la Extremación en medio de los caminos ó en los bosques, y estaba admirado de la grandeza de alma del pueblo irlandés, de los pobres irlandeses, de su magnanimidad y de su admirable paciencia. Entre los que asistí, no hubo un solo ejemplo de murmuracion. Aun entre los que morian con las angustias del hambre, ni una sola queja se elevó; me equivoco, una sola oi, y me bastaron dos ó tres palabras para hacerla cesar: el pobre moribundo elevó su mirada hácia Dios, y le dió gracias por la muerte

que se le acercaba bajo la forma del hambre. Este es un gran hecho y un maravilloso elogio de los pobres de Irlanda. Otro gran hecho que me chocó, fué que millares de pobres que se morían de hambre no tocasen la propiedad ajena. Los teólogos están de acuerdo en decir, que en caso de necesidad todo es comun, y que no peca un hombre que se muere de hambre al tomar lo necesario para conservar su vida: durante el hambre nada de esto sucedió. Las ovejas y los corderos estaban en la pradera, los bueyes y las vacas pacían: ni uno siquiera fué robado. Esto mismo lo he oído referir á una porcion de sacerdotes de Irlanda, y demuestra la extraordinaria virtud de los pobres.

Hay aún otra cosa que he notado en ellos, no solamente ahora, sino en tiempo del hambre, que es su generosidad. A menudo he encontrado pobres gentes que partian su último pan con otro que se encontraba en la misma necesidad que ellos. Cuando yo estaba en *Wicklow*, habia allí mendigando una pobre mujer como de 50 años. Pasando por un camino, vió un pobrecito niño muy enfermo, que habia sido abandonado por su madre; mira al niño, y dice:—«Vaya, le dejaré, otro le recogerá;» y siguió adelante. Poco despues vuelve atrás:—«Dios le ha puesto en mi camino, dice, voy á recogerle.» Lo recogió, en efecto, lo cuidó: yo la conocía mucho. La he visto con el niño, que iba á su lado. Llegó el tiempo del hambre: la pobre mujer, mendigando, no encontraba lo bastante para vivir. Se privaba positivamente del alimento indispensable para dar pan al niño. Una mañana de Navidad se la encontraron muerta en su cama y con el niño en los brazos... ¡Oh qué bondad, qué grandeza de alma de los pobres!... Consagráos al servicio de los pobres, viendo que Dios les ha concedido virtudes tan admirables.»

El alumbrado eléctrico.— En el gran anfiteatro de la Universidad de París ha tenido lugar un notable acontecimiento, de que dan cuenta varios papeles periódicos: Jamin, profesor de la Sorbonne y de la Escuela politécnica, daba la segunda conferencia de la Sociedad científica, y habia de versar sobre el alumbrado eléctrico. El tema apasiona los ánimos, porque, aparte de la fabricacion de piedras preciosas, no hay nada que fascine tanto la imaginacion como esta pregunta constante de las gentes en demanda de la noche, en que se podrá alargar para ciertos usos la claridad del día. El patio de la Universidad se hallaba iluminado por la luz eléctrica antigua con reflectores, y su efecto no era agradable, pues parecia como de teatro; pero el anfiteatro estaba todo él iluminado por la bujía eléctrica, y los 2.500 concurrentes no volvian en sí del agradable asombro que les causaba contemplarse á aquella luz blanquecina, pura y dulce que tanto hace variar las impresiones de la vista acostumbrada al tono amarillo del gas.

Jamin historió claramente la electricidad desde los trabajos de Darvy y Jaraday á las máquinas de Nollet; y más recientemente de Gramme

y Loutin, hasta llegar á la bujía eléctrica de Pablo Koff: este mismo animoso inventor servía de preparador al conferencista, y cuando concluía la explicacion de su aparato, áun mejorado desde que lo descubrió con la facilísima distribucion de la luz por corrientes, merced á la aplicacion del preparador, se adelantó el sabio ruso á encender las cinco luces preparadas delante del público; éste, no obstante contar frios y severos ancianos, algunos miembros del Instituto, estalló en entusiasmas aplausos al triunfo de la ciencia y á la presencia del descubridor.

El Sr. Jamin no se detuvo mucho sobre la utilidad y el porvenir industrial de la luz eléctrica, por ser tema ajeno al fin de la conferencia; pero sus ideas encontraron grande acogida en el público. La luz eléctrica servirá para las grandes masas de luz necesarias en establecimientos industriales, estaciones, teatros, plazas, etc.; el gas quedará para la luz al por menor, es decir, fraccionada en pequeñas partes, y por consiguiente, para las casas y locales reducidos: la una no dañará á la otra, porque llenarán fines distintos, sino que más bien la electricidad, abriendo grandes horizontes, nuevas aplicaciones al alumbrado, hará éste más exigente y reclamará más consumo de gas, como la introduccion de ferro-carriles reclama infinitamente más movimiento de vehículos por todas las carreteras á él afluyentes; con experiencias espectrales demostró que la luz eléctrica es la que más se aplica al sol, es decir, la que ménos cambia los colores é impresiones de la vista, y por consecuencia, que es una preocupacion creerla inexacta, como algunos sostienen, engañados por la costumbre del gas, que es infinitamente más completa.

En el anfiteatro donde esta hermosa escena tenía lugar, se veian numerosos uniformes de la Escuela politécnica; la juventud toda que asistía revelaba un anhelo y entusiasmo conmovedores.

ADVERTENCIA sobre La Hoja Popular.—Con este número de la REVISTA se publica el 65.º de *La Hoja Popular* (que repartimos grátis), de la cual recibirá dos ejemplares cada uno de nuestros suscritores. Les rogamos que propaguen su lectura por cuantos medios juzguen oportunos entre todas las clases, y en especial las trabajadoras, de la sociedad.

Los propietarios que tengan numerosos dependientes, los dueños y directores de fábricas y talleres, y los de explotaciones mineras ó agrícolas, los profesores de enseñanza, los párrocos, las autoridades locales, los padres de familia, pueden hacer el pedido que gusten de estas *Hojas Populares*, las cuales les serán remitidas, grátis tambien, para que contribuyan á los nobles y benéficos fines de su publicacion.